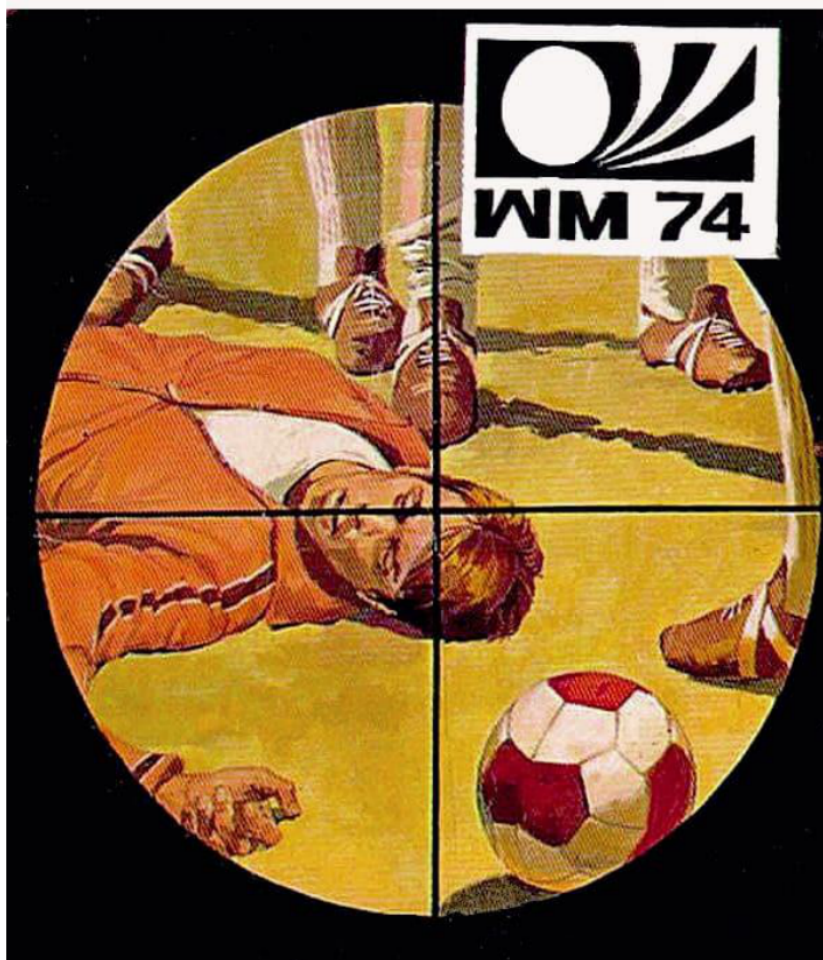




asesinato en el mundial-74

de CURTIS GARLAND



El dardo mortal partió en medio de la llovizna de aquel día trece de junio en que se jugaba la jornada inicial a las cinco de la tarde, hora local de la *World Cup Soccer 74*, en Frankfurt.

Bajo el cielo nublado, la muerte alcanzó a la persona elegida, con trágica precisión. Luego, sigilosamente, el asesino se perdió en el panorama gris y bullicioso de la ciudad de Frankfurt, aquel jueves festivo del deporte mundial.

En otro punto, algo alejado de aquél donde fue presionada la moderna cerbatana de tipo electrónico, un hombre emitió un roncó grito de agonía. Y cayó sin vida, con una fina y mortífera aguja hincada en su garganta, justo sobre una de sus carótidas, llevando a la sangre, vertiginosamente, el veneno demoledor de que estaba impregnada la sutil pieza de punzante acero.



Curtis Garland

Asesinato en el mundial-74

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1249

ePub r1.0

Titivillus 09-12-2019

Título original: *Asesinato en el mundial-74*
Curtis Garland, 1974

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



SS

SERVICIO SECRETO



Esta novela, naturalmente, ha sido escrita por su autor, con anterioridad a este Campeonato Mundial que se celebra actualmente en Alemania Federal. Téngase en cuenta que, para aparecer en estas fechas, el original tuvo que ser hecho con una antelación considerable. De ahí ciertas vaguedades en los detalles, y algunos puntos inconcretos a lo largo del relato que, sin embargo, no merman la intriga ni influyen en el transcurso de los acontecimientos novelescos, aquí reflejados, sobre el fondo apasionante de los encuentros finales de la World Cup 74.

Simplemente, el autor ha jugado con una oportunidad y un ambiente, a plazo fijo, situando una intriga y unos personajes; un tema y unas situaciones, en el marco de un acontecimiento deportivo internacional que hoy es rabiosa actualidad.

El deporte y el crimen, unidos en una aventura de aire algo rocambolesco sin duda, pero siempre eficaz. El delito internacional mezclado con la noticia informativa en rotativos, radio y televisión, justamente en esta última hora. Ése es el juego que, con cierto oportunismo pero también con muchos riesgos, acepta el autor en esta trama, de aventuras, de simple evasión. Los nombres utilizados, los momentos elegidos, son por supuesto, imaginarios, aunque con un fondo de verismo que todos conocemos.

Sólo algunos hechos y nombres aislados, que dan verosimilitud mayor a la ficción novelesca, son aprovechados por el autor, a lo largo de su relato. Esos nombres y situaciones, no hace falta aclararlos aquí. El lector, aficionado o no al deporte, los conoce sobradamente.

Al margen del balón redondo y su magno festival mundial en Alemania, al margen del mundillo del fútbol aquí tratado como simple esbozo de fondo, queda la trama, la intriga, el puro misterio novelesco.

Y en toda novela de acción eso es siempre lo que cuenta, en realidad. Sea quien fuere el Campeón del Mundo de Fútbol... el gol que cuenta para el autor, es el del propio interés del lector en este relato de ficción policíaca.

PRÓLOGO

Hacía calor, aquel día siete de julio.

Un intenso calor sobre Munich, con radiante sol, tras la desaparición de unos insistentes nubarrones matinales.

El Estadio Olímpico estaba abarrotado. Los miles y miles de espectadores del fabuloso recinto deportivo que ya viera una Olimpiada en su escenario de verde césped, se apiñaban en los amplios, modernos graderíos, con la mirada fija en las evoluciones de los jugadores de ambos equipos finalistas.

Porque era la Final. La Gran Final de Munich, en el Mundial de Fútbol de 1974.

El gran torneo universal del balompié, iniciada aquél trece de junio, en el Waldstadion de Frankfurt, con la presencia de Brasil y Yugoslavia, del Segundo Grupo, llegaba ahora a su clamorosa culminación. Catorce equipos habían quedado fuera de combate, hasta entonces. Y sólo dos permanecían en liza, enfrentados sobre el gran rectángulo verde. Allí se disputaba la nueva Copa que sustituía a la Jules Rimet ganada ya en propiedad por los brasileños, en el anterior Mundial de México. Y uno de los dos contendientes iba a ser su dueño, cuando terminasen los noventa minutos. O quizá más minutos aún, si existía prórroga, en caso de empate al término del tiempo reglamentario.

El mayor espectáculo deportivo y futbolístico del mundo, estaba a punto de concluir. Y ésta era su apoteosis.

El balón estaba en juego. Veintidós hombres pugnaban por la victoria, llevándolo a las mallas contrarias, en duro combate deportivo.

Pero eso, con ser tanto para los miles de espectadores presentes, y para los millones que, desde todos los puntos del globo, seguían el *match* a través de la televisión en color, no alcanzaba la trascendencia de los oscuros hechos que tenían lugar entre bastidores, mientras rodaba el balón en un ambiente esplendoroso y multicolor, abigarrado y ruidoso.

Porque la muerte estaba presente en el Estadio Olímpico de Munich. La muerte estaba acomodada en la tribuna del estadio. Y sus ojos tenebrosos, estaban fijos en alguien.

En un jugador de uno de aquellos equipos que evolucionaban en el césped del campo deportivo. Un determinado futbolista, que tenía que morir antes de terminar aquel partido.

Su asesino estaba allí. Sentado en las gradas. Con la mirada fija en el hombre elegido para morir...

* * *

El cristal de aumento seguía al jugador en sus evoluciones por el campo.

Las líneas graduadas coincidían sobre su joven figura atlética, enfundada en la camisola de su selección Nacional. Era como estar enfocado por una mira telescópica de arma de fuego.

Y, sin embargo, eran solamente unos binoculares. Unos simples prismáticos en manos de un aficionado, que vestía terno color *beige* claro, muy adecuado a aquella cálida época del año.

Los prismáticos eran voluminosos, pero aparentemente vulgares, con una famosa marca óptica alemana sobre el instrumento visual.

Sin embargo, distaban mucho de ser todo lo vulgares que parecían. En realidad, eran un arma.

Una poderosa arma de muerte.

Dentro de los prismáticos, un mecanismo ingenioso y de reducido tamaño, pero de gran potencia, estaba a punto de ser disparado. Cuando eso se realizase, un proyectil diminuto, prácticamente invisible en medio de aquella multitud enfervorizada por el juego deportivo del rectángulo de césped jugoso, de un verde luminoso, brotaría con destino al blanco encuadrado por el círculo graduado del visor que era, en realidad, el juego de lentes de los prismáticos.

Y sin ningún ruido, el proyectil llegaría, mortífero, a la persona elegida. A aquel hombre que, casualmente, ahora entraba en posesión del balón salpicado de pentágonos de vivo color y avanzaba vertiginoso como una flecha, hacia el marco contrario, driblando contrarios con pasmosa facilidad.

Los binoculares le siguieron en su carrera. Era como si el teleobjetivo de una cámara de filmación, persiguiera a su tema elegido. En realidad, era una mira telescópica de muerte, enfilada hacia él, mientras los dedos que aferraban el instrumento óptico, preparaban pausada, tranquilamente, el disparador del arma

diabólica y mortífera.

De un momento a otro, se produciría el sordo disparo. Brotaría el proyectil.

Y la muerte caería sobre el césped olímpico, dedicado ahora a la mayor concentración mundial del fútbol profesional.

Pero aquél no sería el principio de una trágica historia sangrienta, en el ámbito luminoso y multicolor de la gran cita internacional del deporte, sino acaso el final. Su desenlace.

Porque la historia había comenzado antes. Mucho antes. En realidad, comenzó con el propio Mundial, la *World Cup Soccer 74*, organizada por la FIFA.

Cuando los dieciséis equipos participantes, y los miles de seguidores oficiales entre reporteros, comentaristas, técnicos de todos los países, profesionales del fútbol y directivos diversos, se reunieron en la Alemania Federal para la gran fiesta de aquel deporte. Entonces se inició todo.

Junto con el gran festival del fútbol, comenzó en la Alemania Occidental el sangriento festival de la muerte.

Un balón redondo se iba a convertir en una descarnada y blanca calavera de siniestro significado...

* * *

Seguía el partido de Munich, con sus emocionantes alternativas. Un balón acababa de salir rozando el poste de una de las porterías, en medio de un clamor del público, apiñado en los graderíos de todo el recinto.

Luego, se inició una jugada de contraataque del equipo amenazado poco antes.

Y mientras tanto, la mira telescópica del arma secreta y mortífera, volvía a recorrer el césped, en busca del hombre elegido.

El hombre que, sólo unos momentos más tarde, iba a ser sustituido por su entrenador. Algo había sucedido. Acaso una lesión inoportuna. Renqueaba ligeramente, tras el avance anterior hacia la meta contraria, donde diera el pase que pudo haber sido el primer gol para la selección de su país.

El entrenador, en pie, parecía hacerle gestos, tratando de saber qué le sucedía. Un compañero del banquillo de reservas, se despojaba

del *chandail* para salir a suplir al compañero lesionado.

Pero algo raro se advertía en el supuesto lesionado, al ser enfocado por los prismáticos. Las lentes de gran aumento, descubrían en la distancia el rostro sudoroso del joven jugador.

Y no revelaba exactamente dolor en su gesto, sino... algo parecido al miedo.

Estaba mirando en torno, ceñudo, preocupado, con ojos centelleantes, que revelaban inquietud. Algo, en él, hacía adivinar la incertidumbre, la congoja. Acaso... el pánico o algo que nadie sino él, era capaz de captar en medio del anillo de muchedumbre que rodeaba el terreno de juego.

Las manos se crisparon en torno a los binoculares. Una sorda imprecación ahogada brotó de unos labios, y mucha gente a su alrededor, se la atribuiría sin duda, al disgusto que podía producir en el seguidor de los colores nacionales que defendía el jugador, la posible pérdida de un hombre clave, por lesión fortuita.

Pero los motivos del que lanzaba la exclamación eran bien diferentes. Aunque, por supuesto, nadie en torno suyo, lo sospechaba.

Tendría que apresurarse, antes de que el jugador objeto de su atención estuviese fuera del terreno de juego, con lo que el blanco sería infinitamente más difícil y problemático, pese a la potencia de su arma, allá alineado en el banquillo de los reservas.

El objetivo graduado se fijó, borrosamente primero, con nítida precisión después, en la figura del hombre joven, con la camisola internacional, rodilla en tierra, junto a la banda de la lateral.

Y los dedos de muerte se dispusieron a accionar el sistema de percusión interior de aquel arma oculta.

Eso iba a suceder en el momento siguiente. Apenas un segundo después de tomada la firme y fría decisión por parte del asesino mezclado entre la masa que llenaba el Estadio Olímpico de Munich.

* * *

El Mundial 74, iba a terminar cómo empezó entre bastidores, en las ciudades elegidas para el gran concierto internacional del Fútbol Asociación.

Con sangre humana derramada.

Con un crimen a distancia, cometido por un asesino desconocido.

PRIMERA PARTE

EL MAYOR ESPECTACULO DEL MUNDO

CAPÍTULO PRIMERO

El dardo mortal partió en medio de la llovizna de aquel día trece de junio en que se jugaba la jornada inicial a las cinco de la tarde, hora local de la *World Cup Soccer 74*, en Frankfurt.

Bajo el cielo nublado, la muerte alcanzó a la persona elegida, con trágica precisión. Luego, sigilosamente, el asesino se perdió en el panorama gris y bullicioso de la ciudad de Frankfurt, aquel jueves festivo del deporte mundial.

En otro punto, algo alejado de aquél donde fue presionada la moderna cerbatana de tipo electrónico, un hombre emitió un ronco grito de agonía. Y cayó sin vida, con una fina y mortífera aguja hincada en su garganta, justo sobre una de sus carótidas, llevando a la sangre, vertiginosamente, el veneno demoledor de que estaba impregnada la sutil pieza de punzante acero.

Hubo un silencio de muerte en torno al hombre que caía, en la céntrica vía urbana de la ciudad de Frankfurt, la Gartenstrasse, que era una de las vías de acceso al Estadio donde aquel mismo día, pocas horas más tarde, iba a celebrarse el partido inaugural de la Copa Mundial de Fútbol 1974.

Ya era nutrida para entonces la afluencia de vehículos hacia la zona deportiva donde se iniciaría la gran fiesta deportiva internacional. Quizá por ello mismo, el suceso tuvo menos trascendencia aparente, y pasó casi desapercibido, en medio de la riada de coches y de personas que llenaban la avenida.

El hombre herido se llevó las manos a la garganta, en un esfuerzo postrero y desesperado para arrancar la aguja mortal que acababa de atravesar su arteria. No tuvo fuerzas suficientes para ello, aunque tampoco, de tenerlas, le hubiera servido de nada. La aguja estaba lo suficientemente incrustada en su piel como para que el veneno ejerciera ya su acción rápida y demoledora.

Cuando cayó, con la boca convulsa y los ojos desorbitados, junto a unos transeúntes que pasaban junto a él, terminó rodando por el bordillo hasta casi las ruedas mismas de un automóvil, que hubo de dar un brusco y chirriante frenazo, deteniéndose en seco ante el

cuerpo abatido.

Los transeúntes vecinos al herido, creyeron hallarse ante un caso típico de colapso. Rápidos, hicieron gestos a otros, señalando al caído, al tiempo que se apresuraban a auxiliarle.

Frente a ellos, una cervecería anunciaba con grandes carteles el torneo futbolístico, mostrando a los dos saludables alemanes caricaturizados con el uniforme deportivo, y las siglas

WM-74

sobre sus camisolas, como símbolo de aquel Mundial. Igual que antes lo fueran el famoso *León Willie* en Inglaterra, o el charro *Juanito*, mascota del anterior Mundial celebrado en México.

De esa cervecería salieron tres o cuatro clientes, de enrojecidas mejillas, abandonando sus jarras de buena cerveza bávara, para acudir en auxilio del accidentado. Por un momento, reinó confusión en la Gartenstrasse, y un policía de tráfico se apresuró a acudir, observando la presencia del caído.

Se aproximó a un teléfono de servicio oficial, y llamó a la policía y a la ambulancia correspondiente. Cuando regresó para examinar al caído, comprobó que nada podía hacerse por él, salvo trasladarle a cualquier otro lugar, más adecuado.

Estaba muerto, con sus dilatados ojos vidriosos, y su boca abierta, crispada en un último rictus de agonía.

—Algunos no deberían acudir al fútbol —se dijo el agente alemán, sacudiendo la cabeza con desaliento—. No cuidan el estado de su corazón, y esto puede sucederles en cualquier momento...

Pero cuando examinó sus documentos, se llevó una ligera sorpresa, al comprobar que no se trataba de un simple aficionado, uno más entre los miles que en aquellas semanas recorrerían las ciudades alemanas de Gelsenkirchen, Dortmund, Dusseldorf, Hannover, Hamburgo, Stuttgart, Berlín, Munich o el propio Frankfurt escenario de aquel desagradable incidente.

El fallecido se llamaba Fred Walters. Tenía nacionalidad austríaca, y su profesión, en varios países extranjeros donde se hiciera famoso como tal, era la de... entrenador de fútbol, precisamente.

Un técnico, ejerciendo en un país no clasificado para la fase final; uno más, entre los muchos profesionales que asistían al torneo. Y éste, había tenido la desgracia de morir, al parecer de ataque cardíaco.

Tardarían algunas horas en saber oficialmente en la policía de Frankfurt que Frederick Walters, entrenador profesional de fútbol, había fallecido por inoculación de veneno en la sangre.

* * *

El hombre que lanzó la aguja mortal con la cerbatana electrónica, desapareció de su emplazamiento mucho antes de que el revuelo colectivo tuviese por centro el cuerpo caído de la víctima.

Tenía todo previsto de antemano. Sabía lo que debía de hacer y cómo hacerlo. Sabía adónde ir. Y, sobre todo, sabía que gozaría de absoluta impunidad. Nadie iba a dar fácilmente con el que disparó el dardo mortífero contra aquel hombre.

Rápidamente abandonó la terraza desde donde había sido tan perfectamente visible aquella zona de la Gartenstrasse de Frankfurt. Regresó a la escalera del edificio, volviendo a cerrar con su llave maestra la puerta de acceso a las azoteas. No utilizó el ascensor, de momento. Por el contrario, descendió al piso tercero, y desde allí llamó al ascensor, con el que descendió a la planta baja.

En la planta, un conserje le miró con aire aburrido. Saludó brevemente el hombre, abotonando su gabardina color gris plomo.

—Buenas tardes, señor Schultz —dijo el conserje, que parecía conocerle bien, a pesar de que sólo llevaba allí cinco días, ocupando un apartamento amueblado en el piso tercero. Uno de tantos forasteros en Frankfurt, para ver debutar al Brasil frente a Yugoslavia, en la apertura de la *World Cup*. En la antigua ciudad imperial, cuna del inmortal Goethe, nadie podía extrañarse estos días por la presencia de forastero alguno.

Frankfurt, como toda Alemania, era una Babel de personas, razas y lenguas, con motivo del festival mundial del balompié.

Y el asesino, para cualquiera con quien se cruzase, no era sino uno más entre millares de ellos, pululando por doquier. A fin de cuentas, nadie podía sospechar nada especial de él. No era un hombre notable por ningún concepto. No tenía nada especial en su apariencia, ni en sus ademanes. Quizá por ello mismo había sido elegido como ejecutor de la persona que debía morir.

Cuando abandonó la casa caminó un par de manzanas, en sentido contrario a aquél donde hallara la muerte su víctima. El revuelo y la

confusión quedaron atrás. El asesino no era sino un peatón más, camino del Estadio de Frankfurt, donde iba a celebrarse el encuentro.

Dejó de ser peatón justamente en la tercera manzana, donde se detuvo unos momentos, junto a un cartelón anunciando el Mundial-74. Encendió un cigarrillo y esperó, paciente, como si aguardara a alguien.

Un «Mercedes» azul se detuvo junto al bordillo momentos después. Se abrió la portezuela posterior. El hombre de la gabardina gris entró, cerrando tras de sí.

Se encontró acomodado junto a otro hombre. Un chófer uniformado conducía silenciosamente en el asiento delantero. El asesino y su compañero de asiento, se miraron un momento.

—Perfecto —dijo el que abriera la portezuela—. Todo ha salido bien.

—Sí, eso creo. No era difícil, después de todo —se encogió de hombros el ejecutor—. El arma era buena y cómoda de utilizar. El blanco, perfecto, pese a la gente que circulaba por Gartenstrasse.

—Aun así, estuvo bien. Nos hemos librado de un problema.

—¿No creará, posiblemente, otros problemas?

—No. De otro modo, no se hubiera hecho esto. Sabemos lo que estamos haciendo, Kurt. La Junta obra siempre sin precipitarse.

—Sí, eso lo supongo. Sólo me preguntaba si no va a sorprenderles mucho ver la forma en que murió Walters.

—Claro que les sorprenderá. Pero Walters se complicó mucho la vida, en ocasiones. Políticamente incluso. Lo achacarán a cualquier cosa. Tal vez a terrorismo, Kurt. Recuerde que era judío. Éstos son tiempos de atentados terroristas. En este mismo país, en las Olimpiadas, ocurrió algo anormal y sangriento. Pensarán en una motivación semejante; los comandos palestinos puede que se lleven las culpas de todo esto.

—No se les olvida nada, ¿eh? —sonrió el llamado Kurt secamente.

—La Junta está en todo —suspiró el hombre del «Mercedes» azul—. Gracias a eso somos los más fuertes, actualmente.

—Sí, ya he podido darme cuenta de ello —contempló la calle, auténtica riada de vehículos y de gente, camino del Estadio. Resopló, con un movimiento de cabeza—. Cielos, que locura colectiva. El balón redondo parece tener un imán que atrae a todos.

—Nos irá bien —rió entre dientes, su interlocutor—. En un ambiente tan tumultuoso, todo se puede hacer con menos dificultades. Nos favorece todo cuanto nos rodea. Quizá por ello se ha elegido este país y estas ciudades como escenario de nuestra Asamblea quinquenal. Van a tomarse importantes decisiones. La Organización debe controlar toda Europa a su capricho. Los próximos cinco años serán vitales para nosotros. Nos espera una riada de oro. Y para que todo eso sea posible, hay que reorganizar el sistema.

—Sí, he oído rumores —asintió Kurt, ceñudo—. Sobran algunos personajes...

—No hable demasiado sobre eso —le avisó su interlocutor—. Todos, hemos oído algo, y creemos saber algo. Pero de ahí a que, realmente, estemos en el secreto del sumario, hay una gran distancia. La Junta no gusta de comadreos ni indiscreciones, ya lo sabe. Quizá por eso mismo, como usted ha sugerido, alguien está sobrando. Y en estos días va a resolverse lo que se hace con esas personas. Pero nada de comentarios. Nada de pronósticos. Limítese, desde ahora, a utilizar sus abonos para el fútbol, viaje de ciudad en ciudad, siguiendo el programa de partidos elegidos previamente para cada una de nosotros, y finja ser un aficionado más. Es todo lo que se exigirá de usted, Kurt... hasta que llegue el momento de ejecutar a alguien más.

—Entendido —asintió el asesino, apretando los labios—. Estaré esperando. No me apasiona el fútbol, de modo que no disfrutaré demasiado viendo esos encuentros. Pero todos creerán que soy un verdadero fanático, si es preciso.

—Es preciso, Kurt, es preciso. Todos debemos parecer unos fanáticos seguidores del balón redondo. Es nuestra misión... mientras la Junta resuelve, y se constituye la Asamblea, en alguna de las ciudades donde se celebrarán encuentros del Mundial.

El «Mercedes» azul rodó con mayor velocidad al salvar un atasco en la circulación. Poco después, llegaba a los alrededores del Estadio, con sus aparcamientos repletos de vehículos. Pero eso no era problema para el coche azul, que poseía tarjeta de aparcamiento especial reservado.

Dentro del campo, ya rugía una multitud enfervorizada, esperando que saltasen los equipos al terreno de juego. Banderolas de Brasil y

Yugoslavia, su adversario en aquella tarde, ondeaban por doquier, mezcladas con los estandartes de la FIFA, de Alemania Federal, y de la ciudad de Frankfurt.

Quién hubiera visto a aquellos dos hombres encaminarse a sus localidades de tribuna en el Estadio, no hubiera podido imaginar que lo que menos les preocupaba era el fútbol, y que habían acudido a Alemania Federal con razones bien diferentes a la de ver deporte internacional.

Y una de esas razones, acaso la más poderosa, era la de matar.

Matar a alguien que les estorbaba.

* * *

El encuentro había terminado.

Un equipo había sumado ya dos puntos en su clasificación particular, por el sistema inicial de Liga, que daría los ocho finalistas definitivos del Mundial.

El clamor de un público enfervorizado, dividido en sus preferencias, y con la imparcialidad de los espectadores alemanes por medio, aún hervía en el ambiente.

Abrazos, felicitaciones en la caseta de los vencedores, camisetas cambiadas, vítores, declaraciones nerviosas ante los micrófonos, disparos de *flash*, cámaras portátiles de televisión...

Sudor y agua de duchas. Jugadores y técnicos agobiados por el ambiente... Olor a linimento y a cuero, a triunfo y a cansancio.

Saddie Clark, del *Sports Weekly*, se despidió del entrenador del equipo vencedor en el *match* inaugural de la Copa del Mundo. Luego, se aproximó a dos técnicos visitantes, dos importantes personalidades del mundo futbolístico, que habían acudido a saludar y felicitar a los vencedores de la tarde.

—¿Qué impresión han sacado del partido? —preguntó Saddie, con su bloc y lápiz en ristre.

—Ha sido una victoria justa. Un partido emocionante. Y un bello espectáculo, en general —señaló uno de los técnicos.

—Un formidable inicio del Campeonato —aceptó el otro, cortés—. Diga a sus lectores que es una verdadera lástima que Inglaterra no haya podido estar presente en este festival del deporte que ellos

inventaron, señorita Clark.

Saddie sonrió, asistiendo. Conocía de antes al técnico que hablaba, reciente preparador de algunos famosos equipos europeos. Miró en torno, sorprendida de no ver al tercer hombre de aquel grupo. Poco antes, todos habían entrado juntos en la caseta de los vencedores. Y juntos los había visto en la tribuna del Estadio.

—¿Y Max Hoffman? —indagó, curiosa, buscándole con la vista.

—¿Max? Le llamaron por teléfono, creo —se encogió de hombros uno de los entrevistados—. Parece ser que su amigo Walters, Frederick Walters, no estaba en el campo, y eso le ha intrigado. Habían quedado citados aquí para esta tarde. Y Walters no es de los que se pierden una cosa así.

Saddie afirmó.

—Fred Walters es un entusiasta de su profesión —convino—. Habrá llegado tarde, y tendría que acomodarse en cualquier lado. La llegada al campo era casi imposible.

En aquel momento, vio regresar a Max Hoffman. Venía lívido, sudoroso. Caminaba indeciso, tambaleante casi. Sus compañeros le miraron con sorpresa. Saddie, rápida, como procedía serlo en su profesión, avanzó hacia él, interrogándole:

—Hoffman, ¿qué le ocurre? ¿Hubo malas noticias por teléfono, tal vez?

Max Hoffman, el famoso preparador centroeuropeo, clavó su mirada grave en la joven y atractiva pelirroja de verdes ojos, la contempló como quien no ve siquiera lo que tiene delante, y manifestó con voz ronca:

—Cielos, es... es increíble. Me llamó la policía... Mi... mi amigo Frederick Walters... ha muerto.

—¿Qué? —estallaron todos, volviéndose a él—. ¡No es posible!

—Pensaron inicialmente que era... un ataque cardíaco, simplemente —susurró, abatido, el preparador centroeuropeo—. Ahora... ahora se ha creído advertir en el cadáver síntomas claros de envenenamiento. Van... van a hacerle la autopsia, señores...

CAPÍTULO II

—... Y Helmut Schoen[1] me dijo, sencillamente: «Muchacho, lo lamento de veras. Tenías un puesto en el equipo, y tú lo sabes. Ibas a jugar en la selección alemana, y sé que lo hubieras hecho muy bien. Lástima de esa lesión inoportuna... Confiaba en que estuviese superada para estos días. No ha sido así, y no puedo correr riesgos, compréndelo. Pero tu porvenir es brillante. Aunque la desgracia te haya privado de este Mundial, estarás en otros. Tienes juventud, clase y entusiasmo. Eres un jugador inteligente, y un hombre que sabe cuidarse. Estarás en mi equipo, no lo dudes, Denk». Y eso fue todo, míster Graham. Espero le sirva para su reportaje. Porque en realidad, no hubo más.

—Servirá, no lo dudes —sonrió David Graham, director ejecutivo de la revista *Sports Weekly*, de Londres. Sacudió la cabeza, terminando de garabatear taquigráficamente las respuestas de su joven interlocutor—. Además, no va a ser un reportaje propiamente dicho, ya que mi colaboradora, la señorita Clark, se ocupa de todo eso. Yo escribiré una columna titulada: *Al margen del terreno de juego*. Y ahí narro anécdotas como la tuya, Denk. Pequeños incidentes y hechos del Mundial. El primero será el titulado: *Los que no llegaron a jugar*. Tú encabezas esos casos.

—Entiendo —el joven Luther Denk, de la Primera División de Alemania Federal, asintió, con un destello animoso en sus azules ojos, profundos e inteligentes. Se pasó la mano por los rubios cabellos rebeldes, algo largos, y añadió, tras una pausa—: Mi carrera no es que esté comenzando ahora, míster Graham. Tengo veinticinco años, y llevo ya siete jugando en Primera División, pero éste era mi año. Me veía fuerte y capacitado para rendir. Lástima de lesión...

Se tocó la pierna izquierda, con disgusto, pese a que su expresión seguía siendo todavía llena de ánimos y confianza en sí mismo.

Graham le estudió con gesto comprensivo, y comentó:

—Todos sabíamos que ibas a ser un puntal para el equipo de tu país. Pero afortunadamente, eres de los jugadores que saben

cuidarse y vivir para el deporte. Dentro de cuatro años, seguirás siendo el mismo. Muchos jugadores, faltos de preparación y de base cultural descuidan sus facultades físicas, creyéndolas inagotables. Lo bueno de ti, muchacho, es que has sido universitario y estudias una carrera, con notas brillantísimas. Aunando tu físico, tu profesionalidad y tu inteligencia, tu país tiene jugador para rato. Yo...

En ese momento, se detuvo Graham. La puerta acababa de abrirse. Entró la bonita figura de Saddle Clark, con la nota brillante de su roja cabellera. Venía apresurada, y se inclinó inmediatamente sobre un teléfono, sin prestar demasiada atención a su jefe ni al joven futbolista alemán, presentes en aquella cabina de las instalaciones de la Prensa deportiva, en Frankfurt.

Pidió línea y dio un número. Graham estudió curiosamente a su empleada, con cierta sonrisa irónica, conociendo su turbulento y vertiginoso modo de ser, ideal para una muchacha que, como ella, se dedicaba a una profesión como la periodística.

—Sí, sí —afirmó—. ¿Es la policía? Llama Saddle Clark, del *Sports Weekly*, de Londres. ¿Se sabe algo más sobre ese hombre, Frederick Walters? Bien, esperaré.

Se había expresado en correcto alemán. El joven Luther Denis, sorprendido, habíase levantado, enarcando las cejas y clavando sus aceros ojos en la periodista inglesa.

—¿Qué le ocurre a Fred? —preguntó roncamemente—. Es un buen amigo... y ha sido preparador mío.

Saddle le miró, distraída. No dejó de apreciar la estatura, arrogancia y armonía de la figura atlética del rubio futbolista germano, pero su atención toda estaba centrada en el asunto que pretendía esclarecer. Graham, el adjunto de Dirección de su *magazine* deportivo, tenía fruncido el ceño, llena de honda curiosidad e interés la expresión.

—Sí, Saddle, ¿qué es lo que pasa con Walter? ¿Hablas del entrenador? —apuntó.

—Del mismo, jefe —asintió ella, mordiéndose el labio inferior—. Ha muerto.

—¡Muerto! —el estupor y el dolor asomaron a los ojos de Denk—. ¿Cómo es posible? ¿Un... un accidente acaso?

—Sí pensó en un ataque cardíaco, un colapso o algo así.

—¿Colapso? ¡Walters nunca ha padecido del corazón, en absoluto!

—rechazó vivamente Denk.

—Ya lo sé. La policía cree ahora que pudieron asesinarle.

—¡Asesinarle! —esta vez era Graham quien repetía, atónito, la palabra—. ¡Cielos, Saddle! ¿Qué estás diciendo? ¿No crees que eso carece de sentido?

—No tanto. Hay síntomas de envenenamiento. Cayó muerto, de repente, en la Gartenstrasse, camino del fútbol... —habló Saddle con rapidez—. Van a practicarle la autopsia. Pero tengo un buen amigo en la policía de Frankfurt, el comisario Karl Frankel. Espero que me aclare algunos hechos, y...

Se interrumpió, para atender el teléfono.

—¿Sí? ¿Comisario Frankel? —prosiguió en alemán—. Sí, soy Saddle. Encantada... En efecto, se refiere a Walters... Claro. Soy periodista de deportes. El fútbol es el tema del día. Y Walters era entrenador de fama, ¿no es cierto? Comprendo, sí... ¡Oh, no podía saberlo...! ¿Creen que pude ser ésa la causa de...? Sí, sí. Todo es confidencial, claro. Bien, de todos modos debo añadir la noticia a la información del partido de esta tarde. No, no aventuraré nada que pueda dificultar la labor policial. El *Weekly* edita un número especial diario durante el Mundial, y se vende en toda Europa. No, no le crearé problemas, comisario. Palabra. ¿De veras me informará? Gracias. Es usted maravilloso, de verdad. Gracias. Adiós...

Colgó. Se quedó abstraída, con sus verdes pupilas fijas en algún punto del vacío. Intrigados, Luther Denk y David Graham se miraron entre sí. El joven futbolista no se creyó en situación de pedir informes, pero sí Graham, dominando mal su impaciencia. Avanzó hacia su subordinada y la conminó, lleno de curiosidad:

—Vamos, vamos, Saddle, no se quede ahí como quien ve fantasmas. ¿Qué es lo que no podemos publicar? ¿La muerte de Walters?

—¡Oh, eso sí! —afirmó ella, pensativa aún. Respiró hondo—. Podemos publicar eso, las sospechas de envenenamiento. Cuanto queramos, menos lo que el comisario Frankel ha descubierto recientemente, a través de los servicios diplomáticos extranjeros.

—¿Diplomáticos? —arrugó el ceño Graham—. ¿Qué tiene que ver eso con un entrenador de fútbol?

—Tal vez mucho —ella le miró fijamente—. Frederick Walters era

judío. Y algo más: se sospecha en algunas cancillerías europeas que era, asimismo, agente de Israel. Agente secreto, ¿ha comprendido?

* * *

—Agente secreto... ¡Freddie Walters, agente secreto israelí! —repitió, aturdido, el secretario técnico del equipo de Primera División alemana en el que jugaba como delantero centro o interior derecho el joven Luther Denk—. ¡Cielos, Luth!, me dejas de una pieza... Nunca imaginé eso, cuando era nuestro preparador. Ni tampoco cuando fue a Francia, a Italia, a Portugal... ¡Cielos!, parece imposible. Un profesional del fútbol, ¡espía! Suena tan fantástico...

—Esa chica inglesa también se sorprendió, Hans —dijo lentamente Denk—. Y su director, míster Graham. Ha sido como una bomba. Pero bien mirado, nuestro mundo se presta para tales actividades. ¿Quién va a sospechar de un jugador, un entrenador, un masajista o un técnico? Puede viajar por doquier sin despertar recelos en nadie. Y cambiar de países, de continentes incluso.

—Pues si fue así, alguien lo sabía tan bien como él mismo y como los servicios secretos israelitas, Denk —comentó el secretario técnico, abstraído—. ¿Se sospecha de alguien en concreto?

—No. Pero lógicamente, se rumoreó algo sobre palestinos... Parece lo lógico, ¿verdad? No sería la primera vez que Alemania fuese escenario de algo así, durante una manifestación deportiva, Hans.

—Sería lamentable que se repitieran ciertos hechos. Nadie tiene derecho a alterar un certamen puramente deportivo, Denk.

—Ya se ha alterado, aunque esta vez solo sea entre bastidores. No se va a publicar nada de ese aspecto de la cuestión. Nuestra policía investiga ya...

—Me gustaría saber en qué para todo, pero debo tomar el avión de esta noche para Berlín Oeste. Mañana juega nuestra selección contra Chile. No me perdería ese encuentro por nada del mundo. ¿Vas a venir tú, Luth?

—Por supuesto —sonrió el joven—. Tengo mi localidad reservada desde hace tiempo. Nada podemos hacer aquí por Walters. Es cosa de la policía, ya. Confiemos en que las cosas no se compliquen, Hans...

Y los dos hombres, en el amplio silencio del vestuario del estadio

donde había estado Luther Denk haciendo ejercicios gimnásticos y sauna, en su gradual vuelta a la actividad física, tras la fuerte lesión sufrida durante la Bundesliga, se miraron, profundamente preocupados, temiendo por un nuevo baño de sangre, como aquel del trágico incidente del aeropuerto de Munich, en las jornadas olímpicas.

Esta vez, el asunto distaba bastante de tener implicaciones políticas o terroristas, pero eso, ni ellos, ni Saddy Clark, ni tan siquiera el comisario Karl Frankel, de la policía de Frankfurt, podían saberlo en aquellos momentos.

Porque la doble personalidad del técnico futbolístico asesinado, al ser identificado como miembro activo de los Servicios Secretos israelitas en Europa, daba pie solamente a recelar de posibles comandos árabes, en la eterna y sorda pugna de ambos pueblos de Oriente Medio, falsamente paliada siempre por frágiles tratados de paz o por treguas tan quebradizas como el cristal.

Sobre la auténtica razón que moviera en la sombra a los asesinos del buen técnico austríaco, nada podían suponer ninguno de los accidentales personajes de aquel oscuro drama iniciado con la jornada inicial de la *World Cup 1974*, y cuyo desenlace nadie podía prever.

Ni siquiera aquellos mismos que desencadenaron la violencia y la muerte en la Gartenstrasse, horas antes de que el balón redondo comenzase a rodar sobre los céspedes de Alemania.

Pero la segunda jornada de terror, iba a tener por escenario, precisamente la ciudad inmediata en la trayectoria futbolística del Mundial.

Esa ciudad, era Berlín.

Berlín Oeste, donde se iban a dar cita nuevamente, por el simple nexo común del fútbol la periodista Saddy Clark, su jefe, David Graham, y el jugador lesionado, Luther Denk... uno de ellos iba a vivir de un modo directo y terrible, la siguiente tragedia sangrienta de ese Mundial teñido por el escarlata de la violencia, del delito, del terror aparentemente sin causa explicable...

* * *

El vuelo Charter de aquella empresa turística germana, sobrevolaba

la Alemania Oriental en estos momentos, por el pasillo aéreo hacia Berlín. Pasillo nunca más amplio ni generosamente abierto, por razones puramente deportivas y de espectáculo internacional.

En la Zona Oeste de Berlín, Chile esperaba a la selección futbolística de Alemania Occidental, en la segunda jornada de los Mundiales.

Y millares de viajeros, que asistieran en Frankfurt a la inauguración, volaban aquella noche hacia la antigua capital del Reich para estar a tiempo en sus asientos previamente abonados, al siguiente día, a las cuatro en punto de la tarde, a la espera del choque con el que la selección de Helmut Schoen abría fuego en la gran competición.

Era de suponer que todos esos millares de viajeros eran auténticos entusiastas del deporte del balón redondo sobre el gran rectángulo del césped. O tenían que serlo, en buena lógica...

Pero los ocupantes de aquel avión Charter, un aparato pequeño, de pocas plazas, exactamente treinta y seis, no parecían en absoluto serlo, a juzgar por el tema de su conversación.

Además, cosa rara, todos los viajeros se conocían entre sí, al parecer, puesto que charlaban unos con otros, mirándose mutuamente, desde los asientos que, no en su totalidad ocupaban en el aparato. De los treinta y seis asientos, solamente una veintena escasa aparecía ocupada. Y la azafata de a bordo, curiosamente, era uno de ellos, y charlaba con los viajeros como si su relación con los demás fuese muy diferente a la lógica entre pasajeros y azafata, normalmente.

Por otro lado, existían factores extraños en aquel vuelo. Si alguien se hubiera preocupado a fondo de tal avión, en el *maremagnum* de vuelos organizados, vuelos regulares y viajeros que en oleadas asaltaban la Alemania Occidental, en una pacífica invasión deportiva, hubiese descubierto con sorpresa, que la pretendida empresa turística alemana, radicaba en Munich, según su matrícula de vuelo, no existía en absoluto, aunque hubiera dos o tres de nombre parecido.

En suma: el tal vuelo Charter era un vuelo perfectamente clandestino, disfrazado con todas las trazas de corresponder a un vuelo contratado por una empresa extranjera, para su personal, con destino a los Mundiales.

Y así, hasta el piloto y copiloto de la reducida nave, miembros efectivos del grupo viajero, y no importaba su proximidad, en la

cabina de mandos, para que los ocupantes del avión nocturno hablasen entre sí con total confianza y ausencia de prevenciones.

—Bien, caballeros —dijo el hombre sentado en el último asiento del pasillo, hacia la cola. Y todos los rostros se volvieron hacia él—. Ésta es nuestra Asamblea previa, programada con anterioridad a la que tendrá lugar, en sitio y fecha elegida por nuestro jefe supremo para cambiar impresiones y acordar el plan de trabajo durante estas fechas inmediatas, antes de la Asamblea general, con asistencia de WM-74.

Y ustedes saben a quién me refiero al llamarle

WM-74,

que no es precisamente alusión a las siglas alemanas de la *World Cup Soccer-74*, ni mucho menos. Pero toda referencia escrita, hablada, telefoneada o telegrafiada que hagamos uno de nosotros, bien a otro miembro del grupo, bien a una de nuestras centrales de control, deberá mencionar solamente esa vulgar referencia a

WM-74

que nuestro jefe supremo ha adoptado durante la llamada *Operación Fútbol*, caballeros.

El hombre alto, enjuto, pálido y frío, de traje oscuro, sombrero gris y gafas de cristales color caramelo hizo una pausa. Sobre sus rodillas llevaba un maletín plano, de ejecutivo, color negro, con cierre niquelado.

Asintieron algunas cabezas. Todos sabían que

WM-74

era la cifra clave de la operación a realizar en Alemania durante aquellas fechas confusas, tan favorables a cualquier plan de acción que pretendiera quedar impune.

Pero sabían, también, que

WM-74

era el nombre adoptado en esa ocasión por su desconocido jefe, el personaje cuya identidad era para todos ellos un misterio. Y quizá, incluso, para el holandés de ropas oscuras y rostro cadavérico que llevaba allí la voz cantante, el caballero llamado Johan Van Druten, industrial de diamantes de Amsterdam, y segundo en la Organización.

Se decía que Johan Van Druten conocía personalmente al jefe. Que era el único en saber su real identidad. Pero nadie tenía total

seguridad sobre eso, y no pasaba de ser un mero rumor; alguien había llevado su osadía hasta preguntarle, un día, a Van Druten, sobre tal cuestión.

Quien hizo la pregunta era un alto dirigente de la Organización, miembro con voz y voto en toda asamblea, y se creyó con derecho a saber algo al respecto. La respuesta del holandés fue bastante oscura e inconcreta.

—Mi querido amigo, puedo asegurarle que conozco una personalidad del jefe. Pero no podría jurar que fuese la única que posee...

Y una enigmática sonrisa, había cerrado herméticamente toda otra confidencia, dejando la cuestión en el aire.

Ahora, a bordo del avión Charter de la falsa compañía muniquesa, Van Druten era la cabeza visible de la Asamblea. Pero todos sabían que se limitaba a hablar en nombre de un ausente: el jefe supremo. Alguien, en la extraña Asamblea en las nubes, respondió a las palabras del segundo de la Organización, el importante industrial en diamantes tallados, Johan Van Druten, de la Van Druten Incorporated, de Amsterdam.

—Sabemos que Frederick Walters ha caído en Frankfurt. La radio y la televisión han transmitido el boletín con la noticia, tras dar los detalles del partido de fútbol jugado hoy. ¿Ha sido obra nuestra esa muerte?

—Sí, caballeros —afirmó secamente Van Druten, imperturbables sus glaucos ojos redondos, tras los lentes color caramelo—. Ha sido obra nuestra. Los votos decidieron, recuerden.

—Lo recordamos —asintió otro—. Walters estorbaba. Pero ¿no hubiera sido más prudente un supuesto accidente automovilístico o de otro tipo, que no dejara huellas sospechosas?

—Sí, hubiera sido prudente. Pero peligroso. Si algo fallaba, si Walters salía malherido y conservaba algo de vida, no íbamos a pasarlo bien. Él sabía demasiadas cosas, y todas ellas demasiado importantes... Tenía que desaparecer, o el plan proyectado para los próximos años hubiera resultado un fracaso rotundo. Walters sabía lo suficiente para hundirlo. Y, caballeros, no podemos permitirnos ciertos lujos. Además, Walters era una persona importante fuera del mundillo del fútbol. No sólo era un preparador técnico de cierta fama, sino un hombre que prestaba sus servicios al Gobierno de Tel

Aviv como agente secreto.

—¿Walters, agente secreto israelí? —se asombró un viajero, dando un respingo—. Eso puede complicar las cosas.

—Desde luego, las complica... pero sólo para la policía alemana. Y para todos los demás. Los árabes son víctimas propiciatorias de la intriga. ¿Quién dudará de su responsabilidad, después de lo sucedido aquí, en las Olimpíadas?

—Sí, eso tiene sentido. Pero Israel puede investigar el caso. Y no son tontos...

—No lo son, pero no pueden sospechar otra posibilidad que un acto de hostilidad árabe o, tal vez, una acción violenta de los jóvenes neonazis alemanes, que existen profusamente en este país, diga el Bundestag lo que diga.

—Si eso resulta, todo irá bien.

—Irá bien, caballeros, no lo duden.

—Pero creemos que no estamos en Alemania solamente para celebrar una Asamblea general y para haber borrado del mundo de los vivos a Frederick Walters —señaló otro, con frialdad.

Johan Van Druten le contempló con hermética expresión. Asintió despacio.

—Cierto —convino—. Estamos aquí para algo más, caballeros. Y es algo tan importante para todos nosotros, que deberemos dejar que el jefe en persona, nuestro

WM-74,

sea quien les hable de todo ello... ahora mismo.

—¿Ahora? —se sorprendió una voz femenina. Era la joven azafata uniformada, con el distintivo de la falsa compañía de vuelos *Charter* de Munich, quien hacía la pregunta en estos momentos. Y puntualizó, irónica, mirando en torno—: No creí que le jefe estuviera aquí, en este vuelo...

—Tampoco lo creí yo —convino otro viajero, intrigado.

—Es que, caballeros, él no necesita estar aquí para eso —rió brevemente Van Druten, con aspereza—. Esperen un momento, y escucharán su voz. Sólo su voz, por supuesto...

El holandés no dijo más. Pero abrió la maleta de ejecutivo, plana y negra, y puso algo en funcionamiento, con sólo pulsar una tecla.

Inicialmente, brotó el himno compuesto en honor al Mundial, y que muchos altavoces habían transmitido ya en la inauguración del gran

torneo internacional destinado a dieciséis países en lucha por la nueva copa que suplía a la de Jules Rimet, ganada ya en propiedad por los fabulosos brasileños.

Luego, tras una corta pausa expectante, una voz extraña brotó de un aparato magnetofónico, oculto en el maletín.

Era una voz fría, mecánica, impersonal, casi chirriante. Una voz artificiosa a todas luces, que ocultaba la personalidad real de alguien que, al hablar en la grabación, no había duda que utilizaba un mecanismo o aparato bucal para deformar su verdadero timbre de voz.

Aun así, su sonido y nitidez de palabras, en el interior del avión Charter que sobrevolaba ya territorio de la República Democrática Alemana, sobrepasaba todo lo imaginable.

Ni una sola frase de aquella voz agria y artificiosa fue ignorada por sus atentos y respetuosos oyentes:

—«Amigos y colaboradores todos —comenzó su alocución grabada—. Espero que estén confortablemente a bordo. Esta grabación, presentada por mi más directo y leal colaborador es sólo para establecer con todos ustedes un previo contacto, que espero ampliar, bien en Berlín o Hamburgo, en los próximos días de la fase previa de clasificación para semifinalistas en el Mundial. Ustedes saben que el fútbol es el denominador común, y el factor que nos une y apoya en este caso concreto. En suma: nosotros no somos aficionados a ese deporte, en el estricto sentido de la palabra, pero debemos seguir este torneo, porque así conviene a nuestros planes y nuestras medidas inmediatas para el futuro.

»Entre ellas, por supuesto, está la reorganización de nuestra Sociedad, el arreglo de algunos problemas pendientes, el trazado de las directrices generales para los próximos cinco años de actividad en nuestra tarea primordial y, lamentablemente, un hecho que me desagrada profundamente comunicarles a todos ustedes, la ejecución sumarásimas de dos de nuestros propios asociados... acusados de traición a la Organización».

* * *

Se hizo un profundo silencio a bordo, coincidiendo con una larga pausa, quizá estudiada a tal efecto por el misterioso señor

WM-74,

y tras el mismo, mientras todos se miraban entre sí, preocupados, la voz del magnetófono continuó con frialdad:

—«Sí, caballeros... Traición. Una palabra dura y desagradable, pero tremendamente real en este caso. No, no se inquieten. No se miren con desconfianza —¡aquel diabólico individuo parecía adivinar y ver sus reacciones y sus miradas de recelo!—, porque ninguno de los presentes en este vuelo es de los marcados _ con el estigma. Ninguno de ustedes debe sospechar de su vecino. Son otros colaboradores, ahora al margen de los que ocupan este avión, los que han cometido graves errores. Uno, pretende actuar por su cuenta, engañando a la Organización en una actividad doble y paralela. Otro, tiene proyectado quedarse con los fondos obtenidos en Alemania en estos últimos meses; una sabrosa suma de millones de mareos, y denunciar nuestras actividades y entidad, a la policía. Naturalmente, se ha decidido sobre eso. Su voto secreto sobre ciertos, asuntos, personal e ignorado mutuamente entre ustedes, ha decidido: ambos deben ser ejecutados. Del mismo modo que lo ha sido ya a estas horas un hombre que sabía demasiado, sin pertenecer a nuestra Organización: Frederick Walters, técnico futbolístico de prestigio, y miembro del Servicio Secreto de Israel.

»Ustedes ya decidieron sobre él. Ahora, me creo obligado a decirles que Frederick Walters entró en conocimiento de nuestro plan secreto, aún no sé exactamente cómo, y estaba investigando el mismo, para reunir el mayor número de detalles, antes de informar a diversos Gobiernos de Europa y Oriente Medio, con la idea de detener nuestro avance y prosperidad de un modo definitivo asestando un golpe de muerte a nuestra Sociedad.

»Por fortuna, hemos sabido a tiempo el peligro, y lo hemos conjurado. Walters ya no es problema para nadie. Sólo para la policía alemana, en todo caso. Y para sus colegas de Tel Aviv. Nosotros, hemos de resolver el otro problema inmediato que se nos presenta: los dos traidores con que contamos en nuestras propias filas, y que estarán estos días en Berlín y Hamburgo, siguiendo a la selección de Alemania Federal, conforme a los planes previstos en nuestro proyecto.

»Entonces, caballeros, será el momento de terminar con ambos. En los lugares adecuados, y en el momento preciso. Ambos están

relacionados oficialmente con el fútbol, y por tal motivo, ambos deberán morir en su ambiente. De eso se encargará nuestro personal de Ejecución. Serán informados en clave, conforme al Código Once, en Berlín, mañana mismo. Y también conocerán, con unas horas de antelación, el momento de reunimos todos en Asamblea General... con mi asistencia personal a la misma.

»Es todo, amigos míos. Calma, serenidad, confianza en el futuro y en la Organización, y... ¡feliz viaje a todos!«.

Ahí concluyó la grabación.

Johan van Druten contempló pensativo a los ocupantes de la nave Charter. Parecía esperar preguntas. Preguntas que no se formularon. Eso, en el fondo, era como un común asentimiento, una tácita aceptación a cuanto dijera la vez del jefe supremo.

—Bien, caballeros —suspiró el holandés, apaciblemente—. Ahora, ya saben algo más. El resto les será oportunamente comunicado en Berlín, conforme al Código Once, como señala nuestro jefe supremo. De ustedes dependerá que todo siga normalmente, y no existan problemas que impidan a la Organización continuar su marcha ascendente.

—Me gustaría saber quiénes nos traicionaron —masculló, con disgusto, uno de los presentes en el vuelo nocturno.

—Mañana sabrán un nombre: el de la persona que ha de morir en Berlín o Hamburgo, según las circunstancias más favorables —recitó Van Druten, pausado—. Piensen que esos hombres serán más difíciles de eliminar que Frederick Walters, porque ellos conocen la fuerza de nuestra Sociedad, y también saben el precio que comporta una traición. Creen estar a salvo de sospechas, es cierto. Pero en el fondo, viven en guardia, siempre alerta. Esa situación hace más difícil el problema. Sólo espero que todo resulte bien, y sin complicaciones.

—¿Es seguro el personal de Ejecuciones? —indagó otro, receloso.

—Caballeros, nunca ha fallado hasta el momento. En el caso de Walters, se eligió un punto difícil y erizado de problemas, como era la Gartenstrasse, horas antes del partido inaugural de los Mundiales, en Frankfurt.

Vieron que no hubo fallos. Walters está muerto, el ejecutor escapó, sin ser visto, y la policía alemana anda llena de confusión con el caso. ¿Les devuelve eso la confianza en nuestros métodos de

seguridad?

—Sí —admitió alguien—. Totalmente, Van Druten. Creo que todos estamos de acuerdo en el plan a seguir. Y en la confianza sobre su éxito absoluto...

—Eso me satisface —suspiró el holandés—. Y espero que satisfaga más aún a nuestro jefe, cuando sepa su reacción, caballeros. Es todo. Ahora, sigamos viaje... y feliz estancia en Berlín a todos ustedes...

El avión de vuelo Charter, en ruta entre Frankfurt y Berlín, siguió su rumbo en la noche de junio, ya sobre suelo comunista. Poco más tarde, tomaría tierra en el aeropuerto de la antigua capital germana. Y en Berlín, como en Frankfurt, la muerte acecharía a alguien.

Alguien que debía pagar una traición. Alguien que, en medio del multicolor y apasionado ambiente del Campeonato Mundial de Fútbol, estaba inexorablemente sentenciado a morir.

CAPÍTULO III

El Estadio Olímpico estaba lleno ya a rebosar.

Sonaban los himnos nacionales de Alemania Occidental y Chile. También la gente los coreaba, según fuesen seguidores de una u otra nación.

Faltaba poco para iniciarse el partido. La expectación lógica, entre el público germano, aumentaba por momentos ante la iniciación de su equipo en la fase final del torneo.

Los televisores, en todos los lugares, retransmitían en color las imágenes policromadas del terreno de juego, los graderíos, los vestuarios, los protagonistas del mismo...

Saddie Clark había terminado sus entrevistas previas al partido. Cuando los hombres de la selección alemana se introdujeron en los vestuarios, comenzando a cambiar sus ropas de calle, reducidas a un *chándal* y prendas interiores, por el uniforme de su selección, la joven inglesa abandonó el vestuario para encaminarse, rodeando una gran extensión del estadio, hacia la tribuna en donde debía asistir al encuentro e informar sobre las opiniones de muchos de los técnicos llegados de todos los rincones del mundo a aquel gran festejo internacional del deporte.

Para ella, cada encuentro era algo más que un simple espectáculo apasionado. Era, también, su materia de trabajo activo, eficaz, incansable. Durante veinticuatro días tensos y agotadores, debería mantener el ritmo exhaustivo obligado a toda la Prensa representada allí.

El distintivo de Prensa, con su nombre impreso sobre el rectángulo plastificado que prendía al pecho, era la llave mágica que le abría muchas puertas cerradas para los simples espectadores. Ella formaba parte de la gran máquina puesta en movimiento cuando la FIFA y el canciller alemán declararon inaugurados los encuentros de la fase final de la *World Cup*.

Saddie saludó a algunos colegas de ambos sexos que se hallaban en los túneles de vestuarios y se encaminó hacia los pasillos de cemento que conducían a las gradas de lateral, para, desde allí,

pasar a las de tribuna, dando un rodeo a una de las zonas de gol, donde se apiñaba la gente tras las redes, ávidas de goles espectaculares. Goles que encendieran las voces y el entusiasmo de los espectadores de uno u otro bando.

—¿Te acompaño, Sddie? —se ofreció alguien, cerca de ella.

La joven se volvió, encontrándose con un colega de París, el joven redactor deportivo de la sección futbolística del *Grand Sport*, de París. Un muchacho francés, enérgico y activo, algo mayor que ella, con fama de niño mimado por la fortuna paterna, pero sin duda excelente cronista del balompié, con quien ya se había encontrado anteriormente con ocasión de algunos encuentros de la Copa de Europa de Selecciones Nacionales, y a quien viera en dos momentos diferentes, en Frankfurt, durante la inauguración del Mundial en su fase decisiva.

—Oh, Jean Jacques, ¿cómo va todo? —respondió Sddie—. ¿Vas hacia la tribuna?

—Al menos, lo intento —rió Jean Jacques Roland, risueñamente, guiñándole un ojo. Echó a andar, decidido, con su llamativo suéter de colores y su cámara tomavistas al hombro—. Esto está imposible, Sddie.

—Por completo —admitió ella—. Me pregunto si bastarán diez minutos para llegar al asiento...

—Ni lo sueñes. Como alguien marque un gol madrugador, te enterarás por el alarido de la gente en los asientos —rió, pulsando un botón de su pequeño receptor a transistores, japonés, con diminuta pantalla en colores—. Y, por supuesto, por mi televisor de bolsillo, último modelo de Tokio.

Risueña, Sddie caminó al lado de Jean Jacques, siempre por largas galerías de cemento, ya virtualmente desiertas, en tanto la gente rugía en los graderíos, y los vasos de papel encerado alfombraban las vías desnudas y frías del monstruo de color gris, con centro rectangular de verde césped.

Pese a que se tropezaban de vez en cuando con empleados del recinto deportivo, uniformados y con distintivos de la FIFA, espectadores retrasados, vendedores y curiosos infiltrados en el recinto, su marcha era bastante rápida.

Así llegaron a la verja alambrada que, con una pequeña puerta controlada por empleados del estadio, delimitaba el graderío lateral

con la zona de gol, virtualmente desierta a la vista, en toda su amplitud.

Ante sus distintivos de Prensa, les dejaron paso libre. Apretaron ambos el paso, y sus pisadas resonaron huecas, retumbando en el vacío ámbito de los corredores y galerías, a espaldas del público enfervorizado en los graderíos, visible fugazmente por los huecos de vomitorios y accesos.

Afuera, estruendosos aplausos acogieron la salida de los equipos a la cancha. Por el diminuto rectángulo de televisión en color del transistorizado aparato de Jean Jacques, ambos vieron el desfile de jugadores y árbitros. Jean Jacques, entusiasmado, clamó:

—¡Un momento, Saddie! Toma el televisor. Yo voy a filmar eso...

Le dejó en las manos el diminuto receptor, mientras él, cámara en ristre, se hundía por un vomitorio escalonado, para captar en película las ceremonias previas. Saddie le gritó, antes de verle desaparecer:

—¡Eh, Jean Jacques, no te espero! ¡Sigo hacia la tribuna!

El agitó su brazo, dando por bueno lo que ella decía, sin volverse siquiera. Saddie corrió a lo largo de los interminables corredores de cemento y hierro, el esqueleto frío de un ardiente y estruendoso recinto deportivo.

Estaba sola. Completamente sola, perdida, extraña y como abandonada, en aquel amasijo laberíntico de cemento, de barrotes, de escalones, de puertas, de vigas y columnas rígidas, tremendamente grises...

Saddie no sentía extrañeza ni inquietud alguna, camino del acceso a las tribunas. Era algo hecho muchas veces antes, por culpa de los dichosos reportajes de última hora en vestuarios. Sólo que ahora, por primera vez... era un Mundial. Ella no había estado en México. Entonces era demasiado joven. Estaba iniciando su profesión, haciendo pequeños reportajes en los campos británicos de Segunda División, y con algunas figuras de la Primera, excepcionalmente, cuando la dejaba David Graham, su futuro director.

Luego, cuando éste, de redactor-jefe, pasó a adjunto de Dirección de *Sports Weekly*, fue ella la encargada de su trabajo. Y comenzó aquello. La lucha de una muchacha joven y atractiva entre fuertes muchachotes de recias piernas y carácter ingenuo las más de las veces, por sacar la noticia, por ir más allá del jugador, para

encontrar al hombre, al ser humano escondido tras una camiseta y un escudo deportivo.

Por eso todo esto le era familiar, incluso entrañable. No había nada de inquietante en aquel laberinto de asfalto y hierro, en la estructura oculta de un estadio de fútbol. Ni siquiera en el Berlín mítico de los *vopos* y los aliados, de Oriente y Occidente, del Este y el Oeste, de comunistas y no comunistas. Era un estadio. Como cualquier otro.

Sólo que estaba extrañamente vacío...

Ni siquiera empleados o personas con demora. Nadie. Todo el mundo afuera, a la luz de la tarde, en los graderíos, escaleras y pasillos. Con la mirada fija en el verde gazón poblado por veinticinco hombres. Veintidós para golpear la pelota. Tres para juzgar...

Saddie, de repente, sin saber por qué, tuvo miedo.

Paró en seco. Parpadeó, mirando ante sí la casi infinita hilera de vigas y columnas grises. El corredor de cemento, frío y vacío... Afuera, el clamor, el caos. Ni siquiera quiso mirar a la pantallita diminuta, casi ridícula, del televisor japonés en color, con sus imágenes como un juego absurdo de microbios en un rincón de césped.

Miedo...

Era ridículo. No había razón alguna para sentir miedo. Era absurdo y falto de sentido. Miedo... en medio de miles y miles de seres. Miedo, en el corazón mismo de un gran estadio repleto de gente, hirviendo de pasiones.

Pero miedo, ¿a qué? ¿A quién?

Siguió avanzando, rápida, segura de sí, con su paso breve y firme. Borrosamente, descubrió una figura moviéndose al fondo del corredor, asomándose a uno de los balcones exteriores del estadio, frente a un vacío puesto de bebidas, repleto de vasos vacíos en tierra.

Luego, de súbito, acongojada por algo indefinible, Saddie se paró en seco de nuevo. Sé situó en un lateral, junto a una columna de cemento.

Otra figura aparecía por un vomitorio y se encaminaba adonde estaba la anterior. Pudo vislumbrar que la anterior se volvía, bruscamente, y al ver a la otra persona un grito ronco sonaba,

hueco, en el desolado corredor.

Después... después, las cosas fueron rápidas, vertiginosas. Casi increíbles. Los ojos de Saddle Clark, como una palpitante cámara cinematográfica, captaron la carrera del segundo personaje aparecido en su campo visual, el salto casi feroz sobre el otro, un leve forcejeo, unas imprecaciones, un grito angustiado.

Y, de súbito, un alarido espantoso, desgarrador. El hombre acosado, de súbito, volteaba sobre la barandilla de hierro del hueco al vacío. El cuerpo caía, caía...

También Saddle chilló.

Y chilló agudamente, sin poder contener sus ojos, con ojos desorbitados por el pánico.

El hombre se volvió. Estaba a cosa de cincuenta metros de ella. Se quedó mirándola. Era alto, fornido, de cabellos rubios y ralos, muy cortos. Vestía de color marrón, con corbata *beige* y camisa blanca. Lucía algo, un distintivo deportivo en la solapa. Un distintivo con alguna cosa que brillaba. Acaso oro. No. Era una piedra roja.

Se encontró con unos ojos muy azules y fríos, con un rostro alargado, caballuno, duro y cruel, con un gesto que revelaba odio, determinación, furia salvaje, acaso afán homicida.

Y, de repente, se movió hacia ella. ¡Corrió hacia ella!

Descubrió sus manos enguantadas. Manos enguantadas en verano. Unos ojos duros y helados, una resolución criminal. Abajo, acababa de sonar un horrendo ¡ploc! Ahogado, al estrellarse un cuerpo humano sobre el asfalto.

Y entonces sí que tuvo miedo. Terror, incluso. Supo que había asistido a un homicidio. Acaso a un asesinato. Y que ahora, ¡jella!, podía ser la segunda víctima.

De su mano cayó el televisor, con un chasquido, al quebrarse su pantalla fluorescente, en un repentino quiebro de colores y luz. Saddle siguió corriendo. A sus espaldas, unas zancadas largas y ominosas se fueron aproximando, ganando terreno por instantes. Saddle gritó otra vez, con voz rota. Luego, no vio unos escalones de cemento, tropezó, y cayó de bruces.

A sus espaldas, una sombra creció de forma, creció y creció. Ella, angustiada, pegada al suelo, no tuvo siquiera fuerzas para volverse. Se limitó a chillar, a chillar...

Y hasta cerró los ojos, esperando lo peor, cuando el monstruo

horrible, de ojos azules y expresión feroz, cayera sobre ella para asesinarla.

* * *

—¡Saddie! ¡Saddie! ¿Qué le ocurre?

Fue como escuchar una trompeta triunfal, en medio de Un apocalipsis de horror. Saddie levantó los ojos.

—¡Denk! —exclamó—. ¡Usted!

Y sin reflexionar demasiado, sin pensarlo dos veces, se incorporó de los escalones donde cayera, y se precipitó sobre el joven jugador. Los brazos de éste la acogieron con firmeza, mientras el rostro del alemán *expresaba* su honda sorpresa ante la situación.

—¡Oh, Denk, por favor...! —musitó Saddie Clark—. Ese hombre... Ese hombre horrible... Pretende asesinarme...

—¿Hombre? ¿Qué hombre, señorita Clark? —quiso saber el futbolista.

Saddie giró la cabeza. Miró a sus espaldas.

El corredor de cemento estaba vacío. Ni rastro del hombre de ojos azules y rostro caballuno. Como si nunca hubiera habido nadie.

—Estaba ahí ahora mismo. Iba a lanzarse sobre mí... ¡Tiene que estar escondido detrás de alguna columna!

—¿Seguro? —Luther Denk caminó, llevándola consigo—. Bien, veamos...

—No, por Dios. Mató a alguien hace un momento.

—¿De veras? —el asombro de Denk iba en aumento—. Eso suena tan extraño... Mire, no se ve a nadie.

—Tiene que estar por aquí. Se habrá escondido, estoy segura.

—Quizá. Pero, de todos modos, también puede haberse ido a cualquier otro lugar —le mostró las bocas de diversos accesos a los graderíos, con su visión parcial de cielo azul, cabezas, manos agitadas, clamores y voces, ambiente de tarde de fútbol. Denk explicó, reflexivo—: Si uno quiere desaparecer en un momento, puede hacerlo, vea. Basta meterse por uno de esos accesos y mezclarse con la multitud. Pero imagino que todo lo que me dijo no será cierto. Eso del asesinato...

—¡Es verdad, muy verdad! —jadeó Saddie, señalándole al exterior, frenética—. ¡No me crea una histérica o una visionaria! ¡Ese

hombre arrojó a otro por uno de los balcones del estadio, hace apenas un momento! Y al descubrir que yo había sido testigo del crimen... trató de darme alcance. Entonces... entonces apareció usted, Denk.

—Veamos eso —llevándola por un brazo, se acercó a un ventanal. Miró abajo, por encima de la barandilla, al exterior del vacío estadio, repleto de coches aparcados.

Entre todos ellos, los ojos del joven futbolista, descubrieron una forma aplastada en el asfalto, un cuerpo humano tendido de bruces, justo entre una verja y un coche parado junto a un rectángulo de césped.

—Cielos —murmuró, apartándola de allí con rapidez.

—¿Se da cuenta? —gimió Saddle, dominando su angustia—. Está muerto. Él le asesinó.

—Bueno, deje eso ahora. ¿A qué altura vio por última vez a su perseguidor?

—No... no sabría decirlo. —Saddle miró la larga hilera de soportes de cemento—. Todo parece tan igual... sobre todo, cuando una tiene miedo.

—Miedo —suspiró el futbolista, siempre llevándola consigo, protector, con mirada recelosa y cauta en torno suyo—. Miedo, ¿usted? Nunca lo hubiera pensado en una audaz inglesita que se dedica al periodismo.

—Denk, nunca me ocupé de la crónica de sucesos, si eso le convence —jadeó ella—. Y algo... algo en todo aquello me reveló la existencia de una intención criminal. La intuí incluso antes de suceder realmente, para serle sincera.

—Sí, creo entender eso. He notado su temor, su angustia... y he comprobado que había motivos para ello. —Denk señaló hacia un punto del estadio—: Yo venía de la zona de gol, después de haber hablado con un amigo mío, cámara de la televisión alemana. Ha sido todo tan casual. En un lugar donde se reúnen tantas decenas de miles de espectadores, las probabilidades de encontrarnos usted y yo eran casi nulas. Pero nos encontramos... y al parecer muy a tiempo.

—Sí —afirmó ella—. Muy a tiempo. Creo que, en caso contrario... ya estaría muerta yo también.

—¿Tan mal lo ha visto?

—Mire... Aquello que reposa allí... Es un televisor muy valioso. Un portátil de color. Me lo dejó Jean Jacques Roland, ¿le conoce?

—¡Oh, claro! Prensa de París, radiotelevisión francesa. ¿Dónde anda él?

—Fue a filmar la salida de los jugadores. Lo perdí en un vomitorio. No sabría decirle dónde está, pero sí imagino lo que dirá cuando vea su pobre televisor...

—Olvide eso ahora. No tiene importancia, al lado de una vida... y más cuando esa vida es la propia, Saddie. Vamos. Creo que habrá que informar de eso a la policía. Y lo antes posible.

—Sí, pero ¿y el asesino?

—Si no puede encontrar fácilmente a Jean Jacques, imagine a ese tipo, si pretende ocultarse. El mejor escondrijo para un fugitivo, es mezclarse entre millares de otras personas. Deje ese asunto a la autoridad, si es que puede resolverlo. Venga conmigo, se lo ruego... y no se preocupe de nada más.

Saddie lo intentó. Era una muchacha audaz, serena e inteligente. Quizá por ello pudo seguir las indicaciones sensatas del joven Denk. Poco más tarde, ella y el jugador lesionado hablaban con un oficial de la policía berlinesa, sobre el fondo estridente de la multitud, siguiendo las incidencias del balón y sus coprotagonistas sobre el césped.

Afuera, una patrulla encontraba el cadáver de un hombre aplastado sobre el asfalto. Víctima, oficialmente al menos, de una caída desgraciada.

Cuando se le identificó, hubo otra conmoción en el mundillo del fútbol.

Era Gerd Rohtman, antiguo jugador de la selección germana, y actual masajista de un equipo de Primera División en la Bundesliga.

CAPÍTULO IV

—Primero, ha sido Frederick Walters, en Frankfurt. Asesinato, sin duda. Ahora... Gerd Rohtman, masajista y ex jugador. Ha sido un hombre importante en el fútbol, durante varios años. Fue técnico en medicina deportiva, en Austria y en Francia. Ahora, se había asentado ya como masajista. En verdad, no lo entiendo.

Tras las palabras de David Graham, su subordinada y colaboradora, Saddie Clark, se limitó a cambiar una mirada con Luther Denk. Algo más allá, Jean Jacques Roland contemplaba desolado su flamante televisor japonés, con la pantalla rota y vacía.

—Hay muchas cosas que no se entienden en todo esto —señaló Denk, preocupado—. Si no hubiera sido por Saddie... todos pensaríamos en un simple accidente. Una caída, un suicidio incluso. Y no se relacionaría con Walters. No me gusta esto. Y ni siquiera sé por qué.

Los representantes se limitaron a asentir. El oficial de la policía berlinesa, estaba al fondo de la cabina de Prensa del estadio de Berlín, hablando con Frankfurt. Cuando colgó, aproximándose, su informe fue escueto:

—El comisario Frankel ha confirmado lo que ustedes dijeron, señorita Clark —explicó a la periodista—. La autopsia ha dado resultados positivos. Walters fue envenenado, y parece que por medio de un dardo disparado a distancia de modo aún por determinar.

—Un crimen fantástico —dijo lentamente Denk, arrugando el ceño. Oprimió una mano de Saddie, con ánimos—... Me recuerda las novelas de espionaje.

—Espionaje —masculló Graham, malhumorado, paseando por la cabina de vidrio, a prueba de ruidos exteriores. El partido que se celebraba abajo, en el césped, parecía tenerles a todos perfectamente sin cuidado—. Walters era espía. Eso puede implicar a otros agentes, quizá árabes. Pero ¿y Rohtman? El no creo que se dedicara a tales cosas.

—Viajaba mucho. Con su equipo, claro —indicó el policía berlinés,

que parecía buen aficionado al fútbol—. Ya sabe: torneos europeos y todo eso... Nunca se sabe dónde puede ocultarse un espía.

—Ni un asesino —señaló Luther Denk, sombrío.

Todos le miraron. Pero el joven y rubio jugador germano se limitó a volverse, contemplando reflexivo las evoluciones de sus compañeros de profesión, allá abajo, ante las miradas de decenas de miles de espectadores directos, y millones de telespectadores de todo el mundo.

Hubo un silencio embarazoso en la cabina de Prensa del estadio berlinés. El policía anotó algo en un bloc, mientras Graham miraba al lado opuesto, al esqueleto de cemento donde su compañera viviera la dramática experiencia reciente. Seguía sin verse a nadie por parte alguna, fuera de los graderíos repletos.

—¿Estás segura de identificar al hombre que te persiguió, si vuelves a verlo? —quiso saber el director de la publicación londinense.

—Sí, creo que le reconocería en el acto admitió ella, con un estremecimiento.

—Eso ya es algo —terció Jean Jacques, olvidándose al fin de su maltrecho televisor—. Saddie, si llego a imaginar lo que sucedería, nunca te hubiera dejado sola en ese maldito corredor.

—Nadie puede nunca imaginar algo parecido —sonrió ella suavemente—. No tienes que lamentarte por ello, amigo.

—Informaré a papá de todo —dijo el joven periodista francés—. Además de ser dueño de la cadena de periódicos para la que escribo en mi país, tiene influencias en Alemania. Para algo sirven los millones, ¿no? Es posible que él haga presión sobre las autoridades para que den caza a ese maníaco.

—¿Maníaco? —dudó Denk—. No creo que responda a ese tipo de culpable, Jean Jacques.

—¿No? ¿A cuál, entonces? —se interesó el periodista francés.

—Pues... la verdad es que eso quisiera yo saber —concluyó apagadamente Luther Denk, sin extenderse, en más detalles.

Y era evidente que todos meditaban sobre las raras circunstancias que estaban rodeando a los acontecimientos deportivos de aquellos días. Pero nadie se atrevía a exponer una teoría con visos de verosimilitud.

El comisario Karl Frankel terminó de hablar por teléfono con Berlín. Frente a él, una pantalla de televisión transmitía en color PAL el partido que se jugaba en la antigua capital del Reich. Le había reducido el sonido virtualmente a la nada.

—Señor Goldstein, tengo noticias para usted —dijo, volviéndose, al alto funcionario de la diplomacia israelí que le visitaba en su despacho.

—¿De veras? —enarcó las cejas el hombre de Tel Aviv, expectante.

—Sí. Un hombre ha muerto en Berlín, durante el encuentro Alemania Occidental-Chile. Oficialmente, cayó, o se tiró desde el piso alto de la zona de gol sur, al exterior, aplastándose el cráneo sobre el asfalto. Pero existe un testigo de que no fueron así las cosas. Alguien empujó al hombre, causándole la muerte. Ese hombre era un masajista de un equipo de fútbol de la Primera División de mi país, señor Goldstein.

—¿Y...?

—Posiblemente sea un caso aislado, pero podría también tener conexión con otro suceso extraño ocurrido durante el anterior partido de fútbol.

—¿Frederick Walters?

—Frederick Walters, sí.

—Entiendo. Pero ese hombre de Berlín, ¿quién era, exactamente?

—Gerd Rohtman. Masajista y ex jugador.

—Su nombre no me dice nada —habló con frialdad el israelita—. El de Walters, sí.

—Sé lo que quiere decir. Rohtman no era agente suyo. No era ni siquiera judío, estoy seguro. Si ambos casos estuvieran relacionados, cabría la posibilidad de que la muerte de su agente no obedeciera a las causas previstas, y los árabes nada tuvieran que ver en esto, ¿me equivoco?

—Para esto, tendría que probarme que ambos asuntos están relacionados, comisario.

—Sí, por supuesto. No va a ser fácil. Pero mi instinto profesional me dice que es así. También en Berlín piensan algo parecido. Eso no significa que yo pueda demostrárselo a usted, señor Goldstein. Aunque, desde luego, lo intentaré.

—Eso espero. Por otro lado, ¿qué motivo podría existir para justificar la muerte de Frederick Walters y otro hombre en Berlín, si

no fuese algo de cariz político internacional?

—Sobre eso, señor Goldstein... me reservo aún la opinión. No poseo suficientes elementos de juicio. Por ahora, tenía un solo hecho criminal en cartera. Repentinamente, la cosa puede variar y convertirse en un doble asesinato, separado por muchas millas de distancia en territorio alemán. Usted es judío, y piensa en los árabes. Yo, soy alemán occidental, y pienso en Alemania del Este. Así son las cosas. Si ellos no tuvieron nada que ver en el caso, es posible que los orientales piensen en la Alemania Occidental. Es mala cosa que haya fronteras y diferencias políticas por medio, en un caso de asesinato.

—Usted parece estar seguro de que ese asesinato —o asesinatos—, no tienen directa conexión con los problemas políticos e internacionales, comisario.

—Es cierto. —Frankel le miró, pensativo—. No sé por qué se me ha ocurrido tal cosa, pero es cierto. Así pienso yo.

—Puede ser todo una mera intuición equivocada.

—Claro que puede serlo —se frotó el mentón, ceñudo—. Nunca discutiré tal cosa.

—Por otra parte... usted me parece preocupado por algo más. ¿Cierto?

—Cierto, señor Goldstein.

—¿Pueda preguntarle por qué, comisario?

—Sí, puede hacerlo —el policía de Frankfurt paseó por su despacho, pensativo—. Estoy preocupado pensando en una bonita muchacha inglesa, una periodista. Porque ella fue el testigo de ese homicidio. Y ella fue perseguida por el asesino. Esta vez, alguien salió a tiempo, evitando lo peor. Pero si es capaz de identificar al culpable, ¿no puede correr peligro otra vez?

El funcionario israelita le miraba con fijeza. Se humedeció los labios, entornó los ojos, calculador, y terminó por asentir con voz calmosa:

—Sí. Puestas las cosas como usted las ha enfocado, comisario, estoy de acuerdo con usted. Esa joven podría estar en peligro en cualquier momento. En un peligro realmente mortal.

—¿Peligro ha dicho? ¡Eso es ridículo!

—No, Saddie. Por el contrario. No tiene nada de ridículo. Le estoy hablando con total sinceridad.

La joven clavó su mirada, con sorpresa, en su acompañante. Le sorprendía el tono grave y preocupado de Luther Denk, en aquellos momentos.

Ambos tomaban un aperitivo en el vestíbulo del confortable hotel de Hamburgo, donde esperaban a las cuatro de la tarde, hora del inicio del encuentro con Australia, aquel martes dieciocho de junio, en el primer puerto alemán y segunda ciudad en dimensiones de todas las tierras germanas.

Y, de repente, ante sus martinis, Denk se había mostrado de súbito pesimista y preocupado. Ahora, mientras ella le contemplaba, algo nervioso, Denk se pasaba sus dedos por los rubios cabellos largos y descuidados.

—Confieso que en aquellos momentos, en el estadio berlinés, tuve miedo —dijo lentamente Saddie, evocando la escena con un leve estremecimiento—. Pero eso quedó muy atrás, Denk. Supongo que el criminal no va a perseguirme por toda Alemania, en busca de tapar mi boca como testigo. En primer lugar, tal vez ni siquiera sepa quién soy. Los periódicos no han dicho nada sobre mi identidad.

—Pero han publicado que fue un asesinato y hubo un testigo presencial. Eso basta. El asesino no descansará. Su impunidad está marcada por su silencio, Saddie —insistió el joven delantero centro alemán.

—Creo que exagera las cosas. Le han impresionado los hechos, no está habituado a vivir algo parecido y...

—Escuche esto, Saddie —la cortó él, enérgico—. No está hablando con uno de esos futbolistas que nacieron con el pie pegado a un balón y no tienen otro oficio que pegar patadas. He sido universitario, estudio una carrera, y sé hablar de algo más que de partidos, concentraciones, tácticas de juego y todo eso. Le estoy hablando en serio. No como jugador, sino como amigo suyo y como persona ajena, incluso, al mundo del fútbol. No sé si esto tendrá relación con mi ambiente profesional, pero ya es raro que las dos víctimas de esos sucesos que alguien pretende relacionar entre sí, sean profesionales del mismo deporte que yo. Un entrenador prestigioso. El otro un jugador ya retirado, que hacía de masajista.

Pero, naturalmente, el fútbol podrá tener muchas cosas feas, excepto asesinatos y cosas así. La causa de eso, sea cual fuere, ha de estar al margen del deporte y de la propia profesión. Ha de ser lo bastante importante para haber provocado dos muertes, si la teoría es cierta. Y quien mata a dos personas por una causa determinada, no creo que dudase mucho en matar también a tres o cuatro.

Saddie escuchó la fácil palabra de Luther Denk y le vio como un hombre diferente al que siempre imaginara a través de fotografías, reportajes y filmaciones. Quizá ya una vez le intuyera de modo distinto. Fue cuando, providencialmente, surgió en medio del laberinto vacío de cemento, para protegerla de un criminal.

Y ahora, por segunda vez, descubría a Luther Denk, el hombre. El que nada tenía que ver con el jugador, con el futbolista mimado por todos. El que hablaba de peligros, de posibilidades, de teorías, y no de resultados deportivos o de pronósticos sobre un rectángulo de césped.

—Sí —acabó admitiendo Saddie, inclinando la cabeza. Nerviosa, buscó un cigarrillo, que él se apresuró a encenderle—. Creo que usted tiene razón, Denk. Está sucediendo algo, no sé lo que ello sea... Y ese algo podría costarme la vida, por una simple circunstancia accidental. Lo cierto es que nunca podré olvidar el rostro de aquel hombre, mientras viva. Y que en cuanto lo vea ante mí, le identificaré, sin lugar a dudas. Él lo sabe. Y si entonces intentó matarme, es posible que vuelva a intentarlo. Eso parece fácil en un gran estadio, en medio de una multitud. Pero yo no puedo dejar esto. Estoy aquí para trabajar, no para ver fútbol. Y debo seguir trabajando, ocurra lo que ocurra.

—Pida a su jefe un permiso especial, vuelva a Inglaterra hasta que esto termine.

—No, Denk —rechazó ella—. No puedo hacerlo. Me juego mucho aquí: mi porvenir, mi trabajo, un nombre... No puedo jugarle una mala pasada a David Graham y a su periódico. Y tampoco a mí misma y a mi ética profesional.

—¿Ni siquiera a cambio de salvar su propia vida? —replicó Denk, ceñudo.

—Ni siquiera a cambio de eso —negó, rotunda—. Usted no es periodista. Si lo fuese, lo entendería.

—Estoy tratando de entenderlo, Saddie —suspiró Luther, probando

un sorbo de su martini—. Y quizá lo esté consiguiendo, aunque siga temiendo por usted.

—Eso no me sorprende —sonrió ella—. Yo también tengo miedo. Sólo que lo aguantaré cuanto pueda. Y confío en que ese horrible individuo, haya quedado lejos, en Berlín.

—Yo también —afirmó el joven jugador—. De todos modos procuraré estar cerca de usted siempre que me sea posible, Sddie.

—Gracias, Denk —le miró ella con simpatía.

Luther sonrió, oprimiendo su mano con calor. Ni ella ni el futbolista pudieron descubrir, allá entre unos grandes macetones del hotel, la faz caballuna de un hombre de ojos azul frío, de boca grande, expresión dura, y un distintivo sobre su solapa, con un centelleo rojizo. Era el distintivo de una cadena de televisión extranjera.

Sus helados ojos malignos, estaban fijos en Sddie, en su roja cabellera y su esbelta silueta, situada de espaldas a él. La misma expresión homicida de aquella tarde en Berlín, animaba los crueles ojos del hombre.

* * *

—Fuiste un imbécil, Kurt —resonó la dura voz en el teléfono—. Debiste matarla allí mismo, en el estadio berlinés.

—Lo siento, patrón —habló apagadamente el hombre—. Todo fue por culpa de ese futbolista que la acompaña.

—Está bien. No te disculpes ya. El mal está hecho. Ella ha dado tu descripción a la policía, sin duda alguna. Eso no es lo peor, sino que te identificará apenas te vea. Kurt, has de intentarlo hoy. Hoy mismo.

—Sí, sí. Por eso le llamé. La he visto en el hotel, hace unos instantes. Ese maldito jugador alemán, sigue junto a ella.

—Haremos algo para evitar que ese joven entrometido complique las cosas —siguió la voz al teléfono—. Escucha, Kurt: esta tarde, a las cuatro, se jugará si partido. Sería un buen lugar para eliminarla, si no fuese porque, tras lo ocurrido en Berlín, estarán alerta los policías, e incluso ella misma y ese futbolista, Luther Denk.

Nos ocuparemos de fingir una llamada que atraiga al joven Denk, dejando sola a Sddie Clark. Entonces será tu momento. Ello sucederá a eso de las dos, cuando vayan a abandonar el hotel, tras

la comida, para dirigirse al estadio. Entonces, Kurt, entrarás tú en acción. Y esta vez, no falles. No falles. Kurt, muchacho. Sería lamentable. Muy lamentable que lo hicieras, créeme.

—Sí, sí. Entiendo eso. No habrá fallos —afirmó, nervioso, el ejecutor—. ¿Qué debo hacer?

—Escucha. Las cosas, sucederán así...

Y la voz ronca telefónica, desgranó las instrucciones precisas para el tercer asesinato. Algo que no entraba en el programa de la Organización, ciertamente. Pero la Organización nunca se detenía, en su marcha inexorable, por una vida más o menos.

CAPÍTULO V

—Son las dos menos diez minutos —señaló Denk, incorporándose de la mesa del bar donde él tomaba café y Saddle un té con limón—. Creo que es la hora adecuada para salir hacia el estadio.

—¿De verdad piensa acompañarme hasta allí, Luth? —sonrió ella, dubitativa.

—Se lo dije antes. No se quedará sola por el momento. Quizá sea una medida innecesaria, pero ambos vamos al fútbol, ambos tenemos localidad de tribuna en el estadio y ambos disponemos de coche. Elija entre el suyo o el que me ha prestado un compañero del Hamburgo esta mañana.

—Iremos en el mío. Y conduciré yo —sonrió Saddle Clark—. Eso me hará sentirme menos indefensa, a la usanza de las heroínas del viejo cine mudo, siempre desvalidas junto al galán de la película.

—Si lo prefiere así... —Luther se encogió de hombros—. ¿En marcha?

—En marcha —aprobó ella, apurando su té. Ambos se pusieron en pie, cruzando la sala de la cafetería del hotel, repleta de un público que, como ellos, tenía por destino los graderíos del estadio, en aquella tarde nublada y algo ventosa.

Saddle y Denk salieron al *parking*, amplio y bien organizado. El automóvil deportivo, color blanco, que David Graham había logrado poner al servicio de Saddle para su tarea durante la estancia en Hamburgo, esperaba en el aparcamiento. Se cruzaron con Jean Jacques Roland, que iba charlando animadamente con su padre, Marcel Roland, el magnate de una importante cadena de publicaciones francesas, y a la vez industrial y multimillonario, siempre plagado a los caprichos de su hijo.

El joven francés agitó su mano en un cordial saludo y continuó charlando con su padre, el hombre severo y respetable, de blancos cabellos bien peinados y pulcro terno gris perla.

—Parece que se le pasó la rabieta que le produjo el estropicio de su pequeño televisor —rió Denk entre dientes.

Saddle asintió, mientras salían al aire libre y se encaminaban al

deportivo blanco de la «Mercedes Benz». Lo señaló ella, complacida. —Es ése —dijo—. Maravilloso, ¿no? Por desgracia no puedo llevármelo a Londres. Es una cortesía de la Prensa alemana, para con nosotros...

—¿Señor Denk? —preguntó un joven botones, acercándose. Y los ojos le brillaban al muchacho, ante la efigie popular y admirada del jugador que, por culpa de una lesión, no estaba ahora disputando el Mundial junto a sus compañeros de selección.

—Sí, yo soy —dijo él, innecesariamente, puesto que era tan popular como podían serlo Beckenbauer, Müller o Netzer—. ¿Ocurre algo?

—Una llamada, señor. Es urgente.

—¿Urgente... y para mí? —dudó él, sorprendido.

—De la Federación Alemana de Fútbol —asintió el muchacho—. Temían no encontrarle ya...

—Bien, ya voy —miró a Saddle—. ¿Me espera aquí?

—Iré hacia el coche. Le espero al volante, Denk. No se demore mucho. Encontraremos mucho tráfico, camino del estadio.

—Lo sé. Estoy en un momento —y se alejó con el botones hacia el interior del edificio.

—La llamada puede atenderla al fondo, en los locutorios —dijo éste, mirándole con la secreta fascinación que siempre ejercen los ases del balón en los aficionados.

—¿Por qué no ahí? —señaló Luther Denk un teléfono supletorio, en un rincón de una sala encristalada, frente al aparcamiento repleto de coches—. Será más cómodo para mí.

—¡Oh, sí! —se apresuró a afirmar el botones, en su afán de ser solícito con él—. Iré a decirle a la telefonista que le pase aquí la llamada. Es un teléfono habitualmente utilizado solamente por el servicio, pero no habrá problema.

—Sí, gracias, muchacho —le dio una moneda, y se quedó esperando, con el auricular levantado, la mirada fija distraídamente en el exterior.

Por el teléfono, tras una breve advertencia de la operadora, sonó un clic, y una vez masculina, lejana y confusa:

—¿Luther Denk?

—Sí, yo mismo —afirmó él—. ¿Es la Federación?

—Exactamente, Denk. Escuche: se trata de un mensaje urgente de Helmut Schoen. A pesar de su lesión, debe incorporarse

inmediatamente a la selección.

—¿Qué? —exclamó Denk, dejando de prestar ya atención a los coches del exterior y a todo cuanto le rodeaba—. ¿Qué es lo que dice? ¿Quién habla?

—Soy Mulder, un funcionario. Pero le hablo por encargo directo del señor Schuman y de otros directivos. Verá, es una emergencia. Creo que van a hacerle una prueba, inyectarle algo. Espere un momento. Hablaré con el propio señor Schuman, del Comité de Selección. Ahora viene...

Luther Denk estaba demasiado absorto en la insólita llamada, para advertir que el coche blanco, el «Mercedes» deportivo de Saddy Clark, se ponía inesperadamente en marcha en ese momento.

* * *

—Señorita Clark, ni un solo movimiento en falso. Ni un grito o una señal de alarma. Si lo hace, es mujer muerta, —había sido lo primero que escuchó la joven inglesa.

Y con vivo terror, pese a saberlo dominar serenamente, notó contra su nuca el roce de algo metálico. Lo mismo podía ser una cerbatana, como la que la policía de Frankfurt imaginaba que se utilizó para matar a Frederick Walters, o una pistola provista de silenciador, que le volase la cabeza sin apenas ruido, delante de todo el mundo.

Justamente entonces, Saddy supo que había alguien en el asiento posterior de su coche deportivo, con dos plazas delanteras y apenas una angosta, atrás. Escondido en aquel lugar oscuro y recogido, la había esperado, al subir al automóvil, alguien dispuesto a todo.

Una rápida mirada por el retrovisor, le mostró el temido rostro. Dominó un grito, pero no pudo evitar un gemido ronco, ahogado.

—¡Usted! —musitó.

—Veo que me reconoce fácilmente —dijo, duramente, el hombre del rostro caballuno y los ojos azules, helados—. Lástima, señorita Clark. Vamos, arranque normalmente. Ahora mismo, sin más demoras. ¡Arranque ya, y salga a la avenida, como si se encaminase al fútbol!

—Es que yo...

—Ya sé que espera a alguien. Pero yo, no. Estamos todos los que quiero que vayan en este coche, señorita Clark. Es suficiente. De

modo que arranque sin perder tiempo, o me hará terminar las cosas muy desagradablemente para usted.

Saddie empezó a poner en marcha el coche. Desesperada, miró de soslayo. No podía ver ni rastro de Luther Denk. Los cristales del hotel, con el reflejo de la luz nublada en sus vidrieras, lo impedía por completo. Además, debía de estar lejos, en las cabinas del vestíbulo.

—No se preocupe por nada ni por nadie —silabeó su captor—. ¡Siga!

Por el mismo espejo, descubrió ella qué lo que se apoyaba en su nuca era una pistola automática, prolongada con el tubo de un silenciador. Aventuró una posibilidad amarga:

—¿No será lo mismo que haga todo esto? —gimió—. Me matará usted más tarde.

—Si obedece y es buena chica, lo que haremos es hablar y llegar a un acuerdo amistoso. Recibirá una suma lo bastante fuerte como para que olvide definitivamente todo lo relativo a mí y a mi rostro. Pero si luego me falla y cornete una traición, sí será ejecutada por otras personas —su captor mentía y, sin embargo, le daba persuasión a su tono. Pese a ello, Saddie no estaba nada segura de que las cosas fuesen tan sencillas para ella.

No obstante, no podía hacer otra cosa. Cuando menos, ganaría tiempo, vería si existía una posibilidad humana de evadirse de la muerte, con aquel monstruo a su espalda.

Y arrancó definitivamente, saliendo del aparcamiento y encaminándose, entre otros coches, hacia la calzada de la avenida que conducía hacia el estadio hamburgués.

De Luther Denk, ni el menor rastro.

—Muy bien, señorita Clark —aprobó su captor, agazapado sobre el asiento delantero, inclinándose hacia ella—. Lo está haciendo perfectamente todo. La felicito. Es valerosa e inteligente. Dos virtudes que se dan rara vez al mismo tiempo en una muchacha joven y bonita, como usted. Vamos, siga. Y acelere en cuanto pueda. Un brillo maligno asomaba a los azules ojos del asesino. Kurt, ejecutor de la Organización, sólo esperaba a que el coche estuviera lanzado a buena marcha sobre la ruta, para ejecutar lo previsto.

Y lo previsto era clavar una bala en la pelirroja y bella cabecita de la periodista inglesa. Luego, él manipularía el volante, lo preciso

para saltar fuera y tomar otro coche que venía detrás: un «Volkswagen» verde oscuro, de cuatro plazas, conducido por un hombre sombrío, de gafas negras, espejeantes.

Todo estaba previsto. Y todo salía como había sido calculado. Un minuto más tarde, Sddie Clark estaría muerta.

—Vamos, eluda a ésos, dos coches que van delante. Acelere un poco más —orientó—. Un poco más, sin excederse. Eso es. Ahora va bien. Muy bien, señorita Clark.

Y el asesino, se dispuso a apretar el gatillo.

* * *

—¡Sddie!

La imprecación escapó de labios de Luther Denk, como un rugido. Impetuosamente, tiró el teléfono a un lado, enviando al diablo a la Federación y a quien fuese.

Sus ojos acababan de ver salir del aparcamiento, en decidida marcha hacia la calzada exterior, al blanco «Mercedes» deportivo de Sddie. Una vez, fuera del sector de *parking*, el coche continuaba su marcha, sin reducirla.

En el exterior, justo en el umbral de la gran puerta vidriera, se tropezó con David Graham y al viejo Marcel Roland, que venían charlando juntos, muy animadamente. Se golpeó con ellos.

—¡Denk! —exclamó Graham, sujetándole, con gesto de sorpresa—. ¿Qué es lo que le sucede?

—¡Suélteme! —estalló el joven futbolista. Y, sin contemplaciones, ante la sorpresa de su interlocutor, el jefe de Sddie, se desprendió de él con un violento empujón, al tiempo que corría al exterior, gritando—: ¡Algo le sucede! ¡Ha arrancado y se marcha, sin esperarme siquiera! ¡Eso no tiene sentido!

Graham, aturdido, se incorporó a medias, recuperándose del empujón. El arrogante *monsieur* Roland intentó, por su parte, retener al conocido y joven deportista, sin lograrlo.

Ya Luther Denk corría entre los coches, como enloquecido, y saltaba al interior de un «Mercedes» granate oscuro, modelo clásico, con el que arrancó sin pérdida de tiempo, tras accionar las llaves del encendido.

Pisó a fondo el acelerador apenas salió como una centella del

aparcamiento, precipitándose por la cinta de asfalto, con un total desprecio a las señalizaciones y a las ordenanzas de tráfico, burlando por la izquierda o por la derecha a otros coches, y saltándose las normas de adelantamiento sin el menor escrúpulo.

La sirena de un motorista de tráfico, aulló súbitamente tras él. Pero Denk, en vez de disminuir la marcha o situarse a su derecha, aceleró, lanzándose en pos del coche blanco, ante el cual se le interponía, como controlando su maniobra, un «Volkswagen» verde oscuro.

Tanto se le interponía, que comprendió prestamente Denk las intenciones del mismo. ¡Todo correspondía a un mismo juego siniestro, encaminado a enviar a la muerte cierta a la única testigo del crimen del estadio berlinés!

Eso prestó alas a su coche. Y audacia sin límites a su acción desesperada.

Poseía un coche infinitamente más poderoso y veloz que el «Volkswagen», aunque menos manejable, dadas sus dimensiones. Sin embargo, con decisión y valentía al volante, todo era posible.

Así, pisó el acelerador con mayor energía, y empezó a hacer diabluras con el volante, mientras la sirena policial persistía atrás, en la distancia, insistente y cada vez más próxima.

Luther Denk, como si fuese él en persona, regateando en el césped, en un terreno inverosímil, a cuantos enemigos pudieran salirle al paso, camino de la red contraria, manipuló su «Mercedes», prestado por un compañero del Hamburgo Club de Fútbol, y logró lo increíble.

Sobrepasó al «Volkswagen», pese a una maniobra de éste, golpeándole de costado y lanzándole sobre la cuneta de la autopista, violentamente. Al intentar el coche verde oscuro recuperar su situación en la cinta de asfalto, Luther le descargó un nuevo golpe lateral, precipitándole contra los setos, y logrando él acelerar hasta pegarse al «Mercedes» blanco de Saddie.

Los ojos azules y agudos de Luther, descubrieron la sombra agazapada tras de la muchacha. Y el destello metálico de algo apoyado en su nuca.

Rápido, volvió a pisar el acelerador, y viró el volante, situando el coche junto al otro. El hombre del rostro caballuno giró el rostro. Le miró, asustado, por la ventanilla. En el rostro de Denk, leyó una fría

y rotunda decisión.

Así, cuando había pensado disparar sobre Saddle Clark, ocurrió a sus espaldas lo del «Volkswagen». Y ahora... ¡Luther Denk se situaba a su lado, como una amenaza cierta!

Perdida la serenidad, Kurt, el ejecutor de la Organización, giró el arma, disparando contra Denk.

Luther manipuló el coche, al tiempo que estallaban los vidrios de la ventanilla, y una silenciosa pieza de metal silbaba cerca de él. Atrás, el «Volkswagen» se había volcado sobre el seto, y el motorista de la policía no renunciaba a perseguirle a él.

—¡Saddle! —gritó Luther, al ver que el asesino volvía a encañonarle a él—. ¡Frene! ¡Y salte a la cuenta!

Sus gestos y su voz llegaron a Saddle, cuando ya su agresor disparaba de nuevo sobre el «Mercedes» granate oscuro. El frenazo súbito de Saddle fue tan violento, que lanzó contra adelante a su enemigo, y el disparo se perdió, inofensivo, lejos de Luther Denk. Ella, rápida, tras golpearle dolorosamente en el volante, abrió la portezuela y se lanzó afuera.

Rápidamente, Luther viró su coche, rodeando al blanco, y yendo al encuentro de Saddle, con un desafío total a las más elementales normas del tráfico en una autopista. Ella, desesperada, patética, exhaló un gemido, se tambaleó y logró saltar al vehículo cuando Luther abría la portezuela de su vehículo, acogiéndola. Sin pérdida de tiempo, pegó el coche a la cuneta, y giró la cabeza. El motorista de la policía de tráfico, ya le daba alcance. El rostro del agente era severo e implacable.

—Muy bien —masculló, apenas, llegó a su nivel, haciendo chirriar las ruedas de su motocicleta sobre el asfalto—. ¿Ya se cansó del jueguecito, amigo? Esto le va a costar no sólo la licencia de conducir y una buena multa, sino posiblemente un tiempo de cárcel, para que reflexione.

—Agente, por favor —cortó él—. Soy Luther Denk. Pero no hice todo eso para llegar a tiempo al partido de esta tarde. Mire atrás. En ese «Mercedes» blanco, viaja un hombre que intentó asesinar a esta joven, la señorita Clark enviada especial de un periódico inglés, y también a mí. Vea el orificio de una bala en la ventanilla, por ese lado. Y más atrás, un «Volkswagen» verde oscuro, pertenece también a los compinches de ese individuo, agente. Una vez

compruebe todo eso, aceptaré cuantos cargos me quiera hacer.

El agente de tráfico, perplejo, le miró con desorientación. El rostro del famoso deportista era demasiado conocido para prestarse a confusiones. Además, la presencia de la pálida y amedrentada joven, con su distintivo oficial de la FIFA para ejercer como periodista en el Mundial, bien visible sobre su pecho, y el orificio de bala en la ventanilla, eran de por sí bastante elocuentes.

—No se muevan, o será peor —avisó, volviéndose en redondo, y requiriendo su pistola reglamentaria para acercarse al «Mercedes» blanco.

Dentro de éste, ya no había nadie. Miró más atrás. El «Volkswagen» seguía volcado sobre el seto, pero tampoco parecía quedar en él ocupante alguno. Un montón de coches hacían sonar excitadamente sus claxons, impacientes por deshacer aquella insólita obstrucción en una autopista.

De repente, los ojos del agente se clavaron en algo.

—¡Qué me ahorquen si eso no es...! —comenzó, echando a correr algo más allá del «Mercedes» blanco, deportivo, que Saddie Clark condujera hasta allí. Como temía, encontró, pegado al seto, a menos de diez yardas de distancia, un cuerpo humano caído de bruces en el asfalto.

Se inclinó, dándole vuelta. El policía de tráfico se estremeció, al contemplar aquel infinito gesto de horror y agonía en el rostro largo y caballuno. Tras él, corrían ya a presenciar el suceso los dos jóvenes; la periodista inglesa y el jugador alemán.

—Dios mío... —musitó Saddie Clark—. Es él... El hombre que me secuestró dentro del coche. El que asesinó a Gerd Rohtman, el pasado viernes, en Berlín...

—Sí —convino Luther, sujetándola con manos firmes—. Lo imaginaba. Y los tipos del «Volkswagen» han desaparecido... pero no sin antes eliminar definitivamente al asesino que fracasó dos veces... y al que usted podía identificar ya tan fácilmente...

Era cierto.

Un oscuro orificio de bala se abría en pleno rostro del caído. De él, brotaba sangre negruzca y espesa. La bala debió ser disparada con silenciador, también. Nadie había oído su detonación.

—Cada vez me siento más convencido de algo, Saddie —murmuró Luther Denk, sombrío—. Nos enfrentamos a algo más que un

asesino aislado, o dos... Creo que tenemos enfrente a toda una organización, sea cual fuese su actividad.

SEGUNDA PARTE

REDES MORTALES PARA EL GOL...

CAPÍTULO PRIMERO

—¿Una organización?

—Una organización, sí. Estoy convencido de ello. No hay otra explicación.

—Muy bien, Denk —aprobó, repentina e inesperadamente el comisario de policía de Frankfurt, Karl Frankel, desplazado a Hamburgo urgentemente—. Creo que está en lo cierto. Y me alegra que ambos coincidamos, muchacho... Seguro que existe una organización detrás de todo esto. Lo sospechaba antes. Ahora, estoy casi seguro. Y sólo me falta coincidir con su teoría.

—Yo no soy un policía, comisario. Sólo un jugador de fútbol.

—Es un hombre normal, un muchacho joven, culto e inteligente. Eso me basta. Además, ha vivido varios acontecimientos directamente. Su juicio personal me interesa mucho. Sobre todo, porque corrobora mis teorías.

—¿Teorías? Yo no tengo ninguna en concreto. Sólo sospechas, divagaciones...

—Más o menos, como yo. Nada sólido en que apoyarme, salvo dos asesinatos. Y ahora, un tercero: el del individuo identificado como Kurt Brauner.

—¿El hombre del automóvil?

—Eso es; el hombre que intentó secuestrar, y sin duda asesinar, a nuestra común amiga, Saddle Clark —corroboró el hombre enérgico, macizo y seguro de sí que era Karl Frankel, funcionario policial alemán—. En este caso, tenemos un crimen de diferente cariz, Denk. No se trata de una víctima preconcebida, sino de un fracasado en su tarea. El asesino había fallado dos veces en eliminar a una testigo peligrosa, y alguien resolvió que sería más sencillo, y menos peligroso para los demás, eliminar a su vez al culpable. Ahora, sólo tenemos un cadáver. Ya no sirve de gran cosa el testimonio de Saddle. Pero nos prueba que hay alguien más, detrás del hombre que mató en Berlín. Alguien que no vacila en hacer las cosas fría y despiadadamente, ejecutando, incluso, a sus propios ejecutores. Por eso he pensado en una organización. ¿Y usted,

Denk?

—También. Ése ha sido un motivo. El otro, la llamada telefónica de la Federación. Nadie llamó desde allí. Ni Schuman dio encargo alguno, ni el seleccionador nacional alemán puede necesitarme para cosa alguna en mi estado actual; ni siquiera era Mulder, el funcionario del Departamento de Relaciones Públicas, quien llamaba. El telefonazo era totalmente falso, y sólo tenía por motivo separarme de Saddy en el momento oportuno, para secuestrarla a ella y conducirla a la muerte.

—Sí. Para todo eso, hace falta organización: un hombre telefona, otro espera con un coche, un tercero está oculto en el automóvil de la señorita Clark... Y sin duda hay otros más...

—Un gang peligroso, comisario —señaló Denk, ceñudo—. Sean quienes fueren, saben demasiadas cosas, para ser vulgares delincuentes. Cosas que no todo el mundo conoce.

—¿A qué se refiere?

—A esos nombres de la Federación Alemana de Fútbol... No utilizaron ninguno falso. No cometieron errores en ese punto. Por lo tanto... ellos conocen el mundillo del fútbol. Y lo conocen perfectamente bien. Además, no olvidemos que sus víctimas reales, las elegidas, han sido un entrenador y un masajista en activo.

—No he olvidado eso en ningún momento, Denk —convino el policía, con expresión preocupada—. Además, se han elegido estos Mundiales para cometer los crímenes. Todo ello señala hacia un solo punto: el deporte, el mundo de su profesión, amigo mío. Pero ¿qué puede haber tan importante en el ambiente del fútbol, que justifique dos asesinatos y la escasa vacilación de sus autores en cometer otros, siempre que ello convenga a sus planes?

—Que yo sepa... nada. No hay nada en el fútbol profesional que provoque cosas así. Esto no es el boxeo, con sus artimañas y sus combates vendidos o comprados. No hay sobornos, salvo en casos aislados, que no justificarían una matanza, ni mucho menos. Las apuestas no son como en las carreras de caballos. En suma, no entiendo qué puede relacionar a nuestro deporte con algo tan sucio y tan sangriento. A menos que...

Sé detuvo. Frankel le miró curiosamente, esperando lo que tuviera que decir. Ante su mutismo, le alentó, con vivo interés:

—A menos... ¿qué? Vamos, Denk, siga. ¿Qué pretendía decirme?

—No, nada comisario —el joven jugador dio unos pasos dificultosamente ahora. Cojeaba más que antes, a causa del violento esfuerzo puesto en su carrera por salvar la vida a Saddie, pero no se arrepentía de haber empeorado físicamente. Sacudió la cabeza, reflexivo, y añadió—: Quería decir que puede existir una razón diferente para todo esto...

—¿Cuál?

—La relación de algunos delincuentes con el fútbol... por el motivo que sea, Y quizá por ello mismo, han resuelto actuar durante los Mundiales. ¿Se ha dado cuenta de que este ambiente, esta atmósfera apasionante, estos continuos desplazamientos de equipos y espectadores por todo el país, este clima inusitado de expectación, de apasionamiento y bullicio es lo más idóneo para que un grupo de personas pase desapercibido? Si sus víctimas tenían relación profesional con el fútbol, lo adecuado era eliminarlas durante este torneo. Así, aunque el asunto tuviera otra naturaleza, otro cariz muy diferente, en el peor de los casos no se relacionaría con el deporte, sino con el terrorismo, como se pensó ya en Frankfurt, al descubrir la identidad oculta de Frederick Walters.

—Sí, Denk. Eso no es ninguna tontería. Sólo que no existe terrorismo. Y si tampoco hay por medio razones de tipo deportivo o relacionado con el deporte... ¿qué nos queda? Dos vulgares asesinatos, la muerte de un asesino para evitarse complicaciones... y la ausencia aparente de todo motivo para haber puesto en marcha ese mecanismo de sangre.

—Con un posible riesgo tremendo, comisario.

—¿Un riesgo? —el policía arrugó el ceño, estudiando a Luther Denk, Luego, jugueteó con el cenicero de la mesita ante la cual se había acomodado, en el apartamento que el joven futbolista reservara a su nombre en Hamburgo, para presenciar los encuentros de martes y sábado, que su equipo, Alemania Federal, celebraba contra Australia y el fraterno adversario del Este, Alemania Oriental. Uno de esos encuentros, quedaba ya atrás. Ahora, aquel jueves día veinte de junio, sólo permanecía a la espera del segundo choque de la fase previa. Frankel añadió—: Un riesgo... ¿Cuál, Denk?

El delantero centro que perdiera la preselección por estar lesionado, respondió escuetamente a la pregunta del policía:

—El de que una tercera persona esté sentenciada igualmente a morir, en cualquier momento de este Campeonato Mundial...

* * *

—Una tercera persona... ¿No sería demasiado?

La pregunta de David Graham flotó en el ambiente. El periodista inglés fumaba un cigarrillo emboquillado con aire apático, mientras su colega de Francia, el arrogante y canoso Marcel Roland, escoltando a su hijo Jean Jacques, periodista por afición, se limitó a sacudir dubitativo la cabeza con la mirada fija en Saddy Clark.

—Es sólo una posibilidad —señaló Saddy—. El comisario Frankel no la desecha. Pero resulta casi imposible prever cómo sucedería en caso de cometerse realmente, ese nuevo crimen. Recuerden que el primero fue cometido a distancia, con el disparo de un dardo emponzoñado, un poco en la línea de los relatos de James Bond. El segundo, fue un vulgar empujón desde lo alto de un estadio deportivo. Y la tercera muerte no prevista la del ejecutor encargado de eliminarme a mí, se cumplió como se hubiera cumplido exactamente la mía, de haber tenido éxito aquel hombre: de un disparo a bocajarro, hecho con una pistola automática, provista de silenciador.

—Todo parece señalar hacia un asunto internacional, espías, agentes secretos y cosas así —indicó perezosamente Marcel Roland, con su aire mundano, de rico yachman en vacaciones por la Riviera. Disimuló elegantemente un bostezo, y prosiguió, pensativo —: En todo caso, señores, nada que afecte realmente al fútbol en sí salvo por el lugar y momento elegidos por esos espías para matarse entre sí. Sospecho que sus víctimas no andaban muy lejos de ser como ellos mismos.

—En el caso inicial, el de Frederick Walters, eso está probado —convino su hijo, vacilante—. Pero Gerd Rohtman, papá... Me resisto a imaginar un masajista que actúe como espía internacional, mientras viaja con su equipo de acá para allá. No sería... correcto.

—Sencillamente, lees demasiadas obras de espionaje —rechazó su padre, disgustado—. Ese inframundo no es tan heroico ni aristocrático como lo pintan en las películas y en los relatos de ficción, hijo. Las más de las veces, los espías son gente oscura y

abyecta, que obra sólo por lucro, sin escrúpulos ni lugar para falsos heroísmos. Recuerda que estamos en un punto-clave de la revuelta Europa de nuestros tiempos: Berlín, el Muro, el Este, el Oeste...

—Permítame, *monsieur* Roland, que yo también le censure ahora a usted —rió entre dientes David Graham, con ironía—. Todo eso suena a decadente. La guerra fría es cosa de otros tiempos. Sabemos que siempre hay tensión interior entre los Servicios Secretos, y que el Mundial sería terreno abonado a ciertas especulaciones y maniobras, pero... dudo que un sangriento ajuste de cuentas entre espías, pueda tener por escenario este campeonato de fútbol. Además, recuerde que el único agente secreto de que tenemos noticia concreta, Frederick Walters... era de la Inteligencia israelí. Hablar de Oriente Medio por ejemplo, sí sería estar a la page, como dicen en su país.

—Touché —rió de buen grado Jean Jacques, mirando a su padre—. Papá, vives obsesionado por viejas ideas políticas. Hoy en día hay cosas más complejas que comunistas y anticomunistas, pongamos por caso. El mundo todo es un laberinto, y en él puede suceder cualquier cosa.

—Creo que no llegaremos a ninguna conclusión, divagando sobre todo esto —suspiró Saddle—. Y, por otro lado, si exponemos tales ideas a nuestros lectores, terminaríamos por aburrirlos. Ellos sólo quieren leer sobre fútbol. Lo demás, es pura anécdota. Aunque se trate de vidas humanas. De modo que... hablemos de fútbol.

—Me horroriza pensar lo que se diría en las Islas, si nuestra selección estuviera aquí en estos momentos —suspiró David Graham, con suave ironía—. Por fortuna, *sir* Alf Ramsey lo hizo todo lo peor posible, para evitarnos ese problema diplomático con nuestros amigos alemanes. ¿Se imaginan las interpelaciones en la Cámara, si un jugador del Imperio pudiese correr el peligro de morir, atacado por agentes internacionales de los secretos mundos del espionaje?

Saddle rió de buen grado ante el sentido del humor de su jefe. La reunión de los cuatro periodistas, en aquel confortable salón del hotel donde se reunía la élite de los seguidores y técnicos del Mundial, era estrictamente privada. Habían confiado en llegar a alguna conclusión, pero se daban cuenta de que estaban moviéndose en tinieblas, como la propia policía.

Sonó el teléfono cuando el padre de Jean Jacques comentaba la proximidad del choque de ambas Alemanias sobre el césped, como el auténtico apoteosis de la Ostpolitik del canciller alemán. Su hijo tomó el aparato, para atenderlo. Se lo tendió a Saddie.

—Es para ti —dijo—. Creo que se trata de tu amigo Denk...

La muchacha, sin saber la razón, al ver fija en ella la mirada de Jean Jacques y la de su jefe, David Graham, enrojeció repentinamente. Con una excusa, se inclinó, apartándose de todos, para hablar por teléfono.

—¿Sí? Soy yo, Saddie.

—¡Hola! Soy Luther. ¿Todo bien?

—Sin novedad. No creo que haya que temer ya nada. Ahora, no sirvo ya de mucho a la policía, ¿no crees?

—Sí, es posible. Pero prefiero saber frecuentemente de ti, para estar tranquilo. Acabo de charlar con mis compañeros de la selección. Todos los jugadores están enterados de lo que sucede, y temen que en cualquier partido pueda haber un acto terrorista, como sucedió en las Olimpiadas. En realidad, nadie sabe las razones de lo sucedido al margen del deporte en estos días. Y el hecho de que la Prensa lo silencie en gran parte, o le conceda escasa importancia, aún les preocupa más.

—¿Crees que hay motivo para temer algo así, Luth? —indagó ella.

—Personalmente, no lo creo. Pero sospecho que el caso no se ha terminado, ni mucho menos.

—¿Qué te hace creer tal cosa? ¿Insistes en tu teoría sobre un posible tercer asesinato que sería, en realidad, el cuarto de la serie?

—¿Por qué no? Insisto en ello, sí. ¡Ah, por cierto! También he pasado por el Departamento de la Policía de Hamburgo. Había novedades.

—¿De veras? ¿Qué novedades?

—Sobre el infortunado Gerd Rohtman. Enviaron un informe desde Berlín Este. La autopsia dio resultados insospechados.

—¿En qué sentido, Luth?

—El masajista asesinado... aunque nadie lo sospechaba... era drogadicto.

—¡Drogadicto!

—Exactamente, sí.

—Pero... pero eso puede abrir otro campo de posibilidades. Drogas...

—Sabemos todos que el *doping* existe en el fútbol, aunque las Federaciones sean tan cobardes que lo nieguen a ultranza, en vez de ahondar e investigar en la materia —señaló fríamente Luther Denk—. Pero esa clase de drogas...

—¿A, qué se refiere? —indagó David Graham.

—La autopsia ha revelado que Rohtman se inyectaba estupefacientes. O ingería LSD, si disponía de ello. Ni siquiera sus propios pupilos sospechaban nada, aunque a veces le habían advertido extrañas reacciones.

—Un drogadicto dentro del fútbol —comentó Jean Jacques—. Eso puede sugerir muchas cosas, Denk.

—No las que usted supone —replicó el joven jugador, volviéndose hacia el periodista francés—. No trate de ver en el deporte una suciedad que no existe. Podrá haber casos aislados de víctimas de un vicio, como Rohtman, pero nada más. Ocurre en todos los estamentos sociales. Tal vez ustedes, los de la Prensa, no se libren tampoco de esa lacra. Y, sin embargo, ello no acusa en general a una profesión o a un ambiente. Lo que yo me pregunto, es cómo podía obtener Rohtman semejantes drogas; qué contactos poseería en el hampa, para que nunca fuese descubierta su debilidad. Además... que yo sepa, poseía algún dinero. Ahorros, una casa en Munich, unas tierras en Dortmund... El drogadicto se arruina, por regla general...

—¿Adónde vas a parar, Luth? —se interesó vivamente Clark, que, como todos, asistía a la reunión de aquel sábado por la mañana en el hotel, sólo horas antes de que volviese a rodar el balón en el Estadio de Hamburgo, con las selecciones de las dos Alemanias frente a frente, en un choque tenso y electrizante.

—¡A esto, señores! —habló con energía Luther Denk—: ¿No habremos tropezado casualmente con el gran motivo de toda ésta orgía de sangre?

—¿Qué pretende decir, muchacho? —sonó, fría y escéptica, la voz de *monsieur* Roland, el amo de la gran cadena de publicaciones Roland, de París.

—Lo que acabo de decirles, escuetamente. Creo que no existen espías, ni países en una guerra sorda de agentes secretos, ni grandes conflictos internacionales bajo cuerda... Nada de eso. Solo... drogas.

CAPÍTULO II

—Drogas...

—Sí. Drogas. Es la teoría de un joven futbolista que ultimó sus estudios en una Universidad y ahora sigue una carrera, al margen del deporte. Una peligrosa teoría... porque todos sabemos que es cierta. Que es la única cierta, sustentada hasta ahora.

Reinó un silencio profundo en la Asamblea.

La voz extraña, metálica, chirriante, que brotaba tras la caperuza de espeso paño negro, provisto de dos ranuras para los ojos astutos y helados del jefe supremo de la Organización, había expuesto a los reunidos un aspecto adverso de la situación.

Hasta entonces, todo había salido bien. El error de Kurt, al fallar en su misión, había empezado a abrir grietas en el bloque del éxito. Todos podían darse cuenta de eso, con obvia preocupación.

—¿Qué les hizo dar con la pista? —se interesó uno de los asistentes, ceñudo.

—Gerd Rohtman. Su maldita afición a los narcóticos. No sólo los vendía, sino que los consumía. Debimos tener eso en cuenta.

—¿Sólo eso les ha hecho pensar en las drogas? Mucha gente es drogadicta, sin por ello distribuir o vender drogas ni estar en relación con una organización como la nuestra... —rechazó otro.

—Pero nuestro joven futbolista sabe utilizar algo más que los pies —se tocó la cabeza—. Tiene cerebro, y piensa. Recordó que Rohtman poseía propiedades, algún dinero. Llegó a la lógica conclusión de que un drogadicto vulgar, rara vez conserva sus bienes cuando el vicio le domina.

—Así ha llegado a la conclusión de que las drogas las poseía sin gasto especial que le causara la ruina —señaló alarmado. Van Druten, sentado no lejos del hombre cuya figura se envolvía en una túnica igualmente negra, hasta los pies, completada por los guantes del mismo color y la caperuza—. De eso, a intuir que trabajaba para unos traficantes de narcóticos, había sólo un paso.

—Que nuestro joven amigo ha dado sin vacilar —susurró la voz siniestra del encapuchado—. Ahora, la policía tiene algo sobre lo

cual trabajar. Gracias a Luther Denk.

—Eso puede ser peligroso para nosotros —aventuró alguien.

—Puede serlo. En nuestras manos está impedirlo, caballeros —habló su jefe supremo.

—¿Cómo? —pidió Van Druten.

—Manteniendo la serenidad. Nos resultará algo más difícil la actividad, en principio. Las Brigadas de Narcóticos, la Interpol y los agentes especiales llegados de los Estados Unidos con la misión de reprimir nuestro negocio, entrarán en acción prestamente. El Mundial se va a convertir en un mal ambiente para los adictos. Incluso es posible que los futbolistas deban renunciar a algunos estímulos de farmacia —rió con sarcasmo el enmascarado—. Pero nosotros no debemos dar un solo paso en falso. Seguiremos siendo lo que todo el mundo supone que somos: una sociedad internacional recreativa, en viaje de placer, siguiendo las peripecias de los Mundiales. Nuestra coartada personal, es decir, la suya, caballeros, puesto que yo viajo con otra identidad diferente a la suya, que creo al margen de toda posible sospecha, no puede verse resquebrajada. Ustedes son todos personas respetables en el mundo de los negocios, las finanzas, la industria y el *marketing* en general. ¿Quién relacionaría a un grupo tan honorable de gente distinguida, con una organización de delincuentes internacionales?

Hubo risas irónicas y comentarios sarcásticos entre los asambleístas. El sentido del humor de su misterioso jefe, les había devuelto en ese momento el optimismo, pese a las circunstancias.

Luego, tras una pausa, fue Johan Van Druten, el industrial holandés, quien quiso puntualizar algo:

—Conforme a la marcha de los acontecimientos, señor, ¿qué hacemos con la segunda de las dos personas sentenciadas a muerte por esta Asamblea?

Los ojos malignos que brillaban tras las ranuras de la negra tela, provistos de unas lentillas de contacto que le daban un falso color para hacer más difícil su identificación, se clavaron en el holandés con fijeza, al tiempo que la voz metálica, deforme, se expresaba con acritud:

—No existen motivos para alterar lo establecido. Esta próxima semana, en Stuttgart, durante la celebración de uno de los partidos de semifinales... será la ocasión propicia para cumplir la sentencia

en la persona señalada. Para entonces, se habrán acallado algo los rumores y comentarios, la policía se habrá confiado... y tal vez nuestra víctima también, si algo sospecha. De cualquier modo, caballeros... la ejecución se llevará a cabo. Y por alguien más eficaz que el torpe Kurt Brauner, a quien tuvimos que eliminar por su fracaso en una misión, y por su total inutilidad en los servicios a prestar, al haber sido identificado por una testigo.

—Esperemos que esta vez no haya fallos —comentó uno de los presentes.

—No los habrá —negó rotundamente el encapuchado—. Tenemos al mejor ejecutor imaginable, caballeros. Cuando una cámara de televisión enfoque a determinada persona, en Stuttgart... esa persona caerá muerta. ¿Y saben por qué? Sencillamente... ¡porque el cámara de televisión será el ejecutor!

* * *

Ocho equipos quedaban en danza. Otros ocho, eliminados, quedaban ya en la cuneta. Los primeros puestos de la Copa del Mundo estaban en juego.

El gran festival del fútbol, el mayor espectáculo del mundo deportivo, seguía su marcha triunfal. Algunas noticias alarmantes de los periódicos, sobre posibles violencias, no habían tenido, por fortuna, confirmación. Todo proseguía sin más novedad o sobresalto que el que proporcionaban los marcadores en los campos de juego.

Eran los días finales de junio, y un trascendental choque para la clasificación, tenía lugar en el estadio. Como siempre, las gradas aparecían rebosantes. Las cámaras de televisión, portátiles o al borde del terreno de juego, recogían los detalles de ambiente, transmitiéndolos en color a las pantallas de todo el mundo.

Luther Denk bajó del coche, mirando en torno a sí, precavidamente. Hizo descender a Saddie. La tomó por una mano, caminando por el *parking*, hacia el estadio.

—¡Oh, Luth!; me haces sentir como una indefensa criatura a quien acechan mil peligros imaginarios —rió ella, al verse protegida por el atlético joven. El aire jugueteó con los desordenados cabellos rubios de él.

—Toda precaución es roca —suspiró Luther—. Mientras dure el

Mundial, será mejor andar siempre alerta...

—De todos modos, no puedo llevarte siempre de perrito faldero. Ahora, mi profesión me obliga. Tendrás que esperar a que termine los reportajes del día, en vestuarios.

—Te acompañaré hasta allí —dijo él, encogiéndose de hombros—. No estaré lejos, seguro. Y en los vestuarios, no creo que peligros. No me imagino a ningún compañero agredirti, a menos que le hayas reprochado algo malo que hizo en el terreno de juego en algún partido anterior.

—Si es así, no hay peligro —rió Saddie, de buen humor—. Acostumbro a ser piadosa con los fallos humanos durante un partido.

Juntos llegaron a los vestuarios, y Saddie se internó por el túnel, para entrevistar a los protagonistas de aquel choque entre dos de los principales países clasificados. La cercana final de Munich, era como un fantasma que pesaba en el ánimo de todos, obligándoles a esforzarse más, día a día, en busca de un puesto en aquel apoteosis definitivo.

Luther Denk saludó a muchos amigos de la Prensa y del deporte alemán, que andaban por doquier. También a otras personalidades de otros países, a quienes conociera en anteriores concentraciones con su equipo de la Bundesliga, en torneos europeos, o con la selección germana, en amistosos internacionales.

Se llevó una grata sorpresa al ver, entre los presentes, a un hombre a quien no esperaba encontrarse.

—¡Zoltan! —exclamó, con alegría—. ¡Zoltan Novak, en persona! ¿Qué se te ha perdido a ti por aquí, viejo zorro?

Un abrazo unió a ambos hombres. El veterano Zoltan Novak, uno de los grandes fenómenos del fútbol centroeuropeo, un eslavo fuerte, cordial, de cabello oscuro y anchas facciones. Un gran jugador en su juventud. Un experto en fichajes sensacionales, en secretarías técnicas y movimiento de bastidores en todo el escenario mundial del fútbol profesional, hoy en día. Humana y periódicamente, un gran tipo.

—Luther, muchacho... —habló con su fuerte acento eslavo, el hombre de la técnica futbolística en todos los terrenos. Le palmeó con fuerza y afecto—. Me alegra también a mí verte por aquí. Leí lo de tu lesión. Lástima... Puedes ser algo grande, Luth. Yo te lo

pronostiqué, ¿recuerdas?

—Claro que lo recuerdo, Zoltan. Me ayudaste mucho en los principios. No te había vuelto a ver desde aquel partido en España, cuando la copa de Europa me enfrentó al Real Madrid... ¿Qué es de tu vida?

—Lo de siempre. —Novak se encogió de hombros, riendo—. Fichajes, fichajes y fichajes... Cuando un club va mal, me voy a otro. O me echan. Lo de siempre en este trabajo. No sólo los entrenadores caen, muchacho. Cuando fracasa un fichaje caro, o dos, ¿quién más tiene la culpa? El secretario técnico, claro está... Uno está hecho a esas cosas, muchacho. Nada me quita ya el sueño. Es posible que me retire pronto de todo este ajetreo. La presión sanguínea, la cerveza... Tú sabes lo que son todas esas cosas. Va siendo hora de vivir tranquilo, lejos del fútbol.

—¿Podrá vivir Zoltan Novak, lejos de un campo de juego y tinos vestuarios? —rió Denk.

—No sé. Tal vez. Hay que probar, ¿no te parece? Alguna vez ha de ser...

—Sí, claro. Lo entiendo muy bien, Zoltan. Te presentaré ahora a una muchacha encantadora. Una periodista inglesa. Seguro que te hará un reportaje fabuloso. Tiene materia contigo.

Novak, nervioso, miró su reloj de pulsera. Sacudió negativamente la cabeza. En sus pequeños ojos oscuros, de eslavo, brillaba la impaciencia.

—No puedo. Lo siento, Luth. Quizá nos veamos al terminar el partido. Ahora, debo hacer unas cuantas cosas. Acabo de llegar a Stuttgart, y me iré en cuanto esto acabe. Hasta luego, Luth.

—Espera, Novak. Será sólo un momento. Prometo dejarte libre enseguida... Luther le siguió por el pasillo de vestuarios, camino de la boca de salida al exterior, junto al verde césped, con fresco olor a yerba.

—¡Nada menos que Zoltan Novak, el legendario, junto a nuestro Luther Denk, el mañana del fútbol europeo! —clamó un locutor, aproximándose a ellos, micrófono en mano. El cable se desenrollaba tras él, como una larga y estrecha víbora sin fin—. ¡Un momento, amigos! ¡Los que escuchan esta transmisión por radio, se sentirán felices de escuchar las voces del pasado y el futuro del fútbol de Europa, juntos en este Mundial!

Al mismo tiempo, un operador de televisión, con una cámara portátil sobre el hombro, avanzó también rápido hacia ellos, manipulando la cámara; con un rápido *zoom* hacia el rostro ancho y risueño de Zoltan Novak, antiguo fenómeno en los campos de juego, y actual Maquiavelo en las secretarías técnicas.

Luther, respetuoso con la fama de leyenda de su compañero y amigo, dejó al eslavo en solitario ante el azote implacable de la fama, representando por un micrófono y una cámara portátil de televisión, cuya luz-piloto, en rojo, demostraba que existía conexión con el centro de realización, y preferencia en la transmisión de aquel reportero.

Alrededor, el campo hervía en un estallido de color y de pasión latente. Las banderas multicolores ondeaban al aire seco de la tarde. Zoltan Novak comenzó a responder a preguntas del locutor, sonrió ampliamente a la cámara que le captaba.

En ese momento, un súbito alarido de horror rasgó la tarde, aunque mezclándose con el bullicio de voces, gritos cánticos y risas.

El rostro de Zoltan Novak se cubrió de sangre. Su corpachón macizo, cayó violentamente a la pista que circundaba el césped.

Y se quedó inmóvil, tendido boca arriba.

Un frío horror, inmovilizó a Luther Denk. Y a todos cuantos estaban cerca del caído.

CAPÍTULO III

No. No a todos.

Bruscamente, el cámara de televisión, como horrorizado por lo que presenciara con sus ojos y captara con su cámara retrocedió, echando a correr como un desesperado, camino de un vomitorio.

La cámara cayó de sus manos, y alguien la pisó, al precipitarse sobre el caído, examinándole desesperadamente. Descubrió que Novak estaba muerto. Algo le había causado la muerte instantánea, bañando en rojo su rostro. Alrededor, todo era confusión. Acudían algunos policías, unos curiosos, unos miembros de la Cruz Roja.

Luther se incorporó, con una imprecación. Su rostro estaba lívido, crispado. Miró en derredor, en busca del cámara de televisión. Tropezó con el locutor, que perdió el micrófono en el choque.

—¿Y el otro? —rugió Denk—. ¡El operador de televisión! ¿Adónde fue? ¿Lo ha visto?

—Sí, sí... —balbuceó el locutor, demudado. Señaló hacia atrás—. Por allá... Aquel vomitorio, creo... Iba como loco. Mire su cámara. Incluso la han pisado, rompiendo su objetivo...

Luther se precipitó sobre la cámara accionada a baterías. La tomó consigo, sin detenerse, y la entregó a un policía.

—¡Tome esto! —jadeó—. ¡Por Dios, guárdelo bien! ¡Creo que es un arma de matar, y no una auténtica cámara de televisión!

Luego siguió adelante, abriéndose paso cómo podía, entre una multitud que iba acomodándose en los asientos.

O buscaba refrescarse en el bar, o simplemente deambulaba por las bocas de los accesos al terreno de juego y los graderíos. Muchos alargaban las manos, ofreciéndole pluma, y papal, o un bloc, o fotografías suyas... Le pedían autógrafos. Precisamente ahora. Ahora, cuando un presunto asesino se escabullía de entre sus manos, después de asesinar a un viejo amigo y buen consejero de su carrera...

Maldijo más que nunca su popularidad, su efigie famosa. Apartó violentamente a cuantos pretendían detenerle o le palmeaban las espaldas, entusiasmados. Derribó a dos hombres y ni siquiera se

disculpó.

Cuando bajaba los escalones de un acceso, hacia los túneles exteriores de la estructura del estadio, notó el tirón doloroso de su pierna lesionada, y soltó una imprecación. En la carrera, se acentuó su cojera y su dolor. Estaba forzando aquella pierna, y ésta reaccionaba inoportunamente al esfuerzo. Eso redujo su velocidad.

Miró a un lado y a otro. Riadas de gente por doquier. Vendedores de gorros, de banderines, de insignias, de folletos y recuerdos del Mundial... Voces, bullicio, confusión... Todo lo mejor para el fugitivo. Lo peor para él...

Greyó ver que unos cuantos miraban hacia alguien que corría, a sus espaldas, y se lanzó en esa dirección, resueltamente. Pese a cuanto le dolía y tiraba su pierna lesionada, forzó la carrera aun a riesgo de complicarlo todo. Apartó a muchos que le identificaban y le aclamaban. Rehuyó a unos mozalbetes, coleccionistas de autógrafos, con verdadero frenesí, pero los sintió correr tras de él.

Incansable, descubrió que no perseguía a un fantasma.

Un hombre con chaqueta de ante marrón, corría allá, ante él. Vio sus pantalones color *beige*, su pañuelo al cuello, de tono ocre... Era él. El operador de televisión. Quizá, el asesino de Novak.

El otro giró la cabeza. Le miró. Dilató los ojos, sudoroso, jadeante. Trató de acelerar su carrera y salió trompicado, pero no cayó. Sin embargo, perdió unos segundos preciosos en recuperar el equilibrio y tomar nuevo impulso para seguir la evasión.

Luther Denk ganó unas cuantas yardas a su perseguido. Éste, frenético ya, sintiéndole implacablemente tras de sí, pese a cuanto había de favorable para él en el ambiente, tomó la dirección de una barandilla. La salvó, tras una indecisión, y saltó al vacío, dos plantas por encima del exterior.

Había tierra y césped abajo, entre los aparcamientos de coches y los accesos al estadio.

El fugitivo tuvo mala suerte. Cayó de costado, sobre una pierna, y aunque rectificó en parte la caída, no pudo evitar el chasquido que produjo su tobillo al sufrir una dolorosa luxación.

Cuando quiso incorporarse, osciló, cayendo de nuevo, con un gemido. Luther Denk le contempló, triunfante, desde la misma, barandilla, sobre él...

Rápido, el operador de TV buscó en sus ropas. La mano surgió,

esgrimiendo una pistola automática, prevista de tubo silenciador. La alzó hacia Denk, resueltamente.

Luther saltó en ese momento, desviando su cuerpo lo más posible.

El taponazo marcó el momento del disparo. Brotó la bala, pero se perdió en el vacío, sin alcanzar a Luther. Éste cayó sobre el adversario, con toda la fuerza e ímpetu de su cuerpo elástico, musculoso, de deportista y atleta. Pese a su lesión, pese al dolor de la pierna que arrastraba, actuó con eficacia. Alcanzó al enemigo, y le descargó un rodillazo tremendo en el abdomen.

El otro se encogió, sin aliento, y un seco directo de Luther Denk a su mentón, le derribó por completo inconsciente, perdiendo la pistola en aquel momento.

La lucha había terminado.

* * *

Luther incorporó al inconsciente individuo, apelando a todas sus energías. Mucha gente, asomada a la barandilla, asistía a la virulenta escena que tenía por protagonista al héroe de muchos domingos, con el balón en los pies, por todos los campos de Alemania. Esta vez, había estado más cerca del pugilismo o la lucha, qué del fútbol en sí.

—Y ahora, veremos lo que dices a la policía, maldito asesino... — masculló el joven, entre dientes.

Le puso en pie, aún aturdido y medio inconsciente su víctima, y tiró de él a viva fuerza, sujetando la pistola entre sus dedos, por si el tipo se ponía de nuevo difícil.

De ese modo, avanzó por la ancha cinta de asfalto, hacia el acceso a tribuna:...

En ese momento, roncó un motor de automóvil tras él, Luther Denk, sin saber la razón, temió algo. Se revolvió soltando a su presa, y esgrimiendo el arma para ver lo que sucedía.

Un coche negro, de matrícula extranjera, arrancaba del aparcamiento en ese instante. Algo brilló en una de sus ventanillas. Luther tuvo el tiempo justo de lanzarse, en un perfecto plongeón, lejos de donde había caído el cuerpo de su presa.

El automóvil se iluminó con llamaradas lívidas brotadas en la ventanilla. Hubo una serie de sordos taponazos.

Fue horrible. En el asfalto, el cuerpo abatido del cámara de televisión, pareció agitarse, entre aullidos inhumanos, a cada impacto que recibía. Las balas desgarraron sus ropas, abriendo en ella boquetes deshilachados. La sangre corrió sobre el cuerpo y sobre el asfalto.

Algunos proyectiles arrancaron esquirlas del suelo, no lejos de donde Luther había caído, medio parapetado entre una valla y una motocicleta, llena de adhesivos del Mundial.

El coche negro aceleró, alejándose vertiginosamente. Luther Denk lo miró, con la fría ira que producía la impotencia.

De súbito, recordó que llevaba algo entre sus dedos. Algo que sólo había utilizado, a veces, en la práctica deportiva de tiro al blanco, por simple diversión.

Recordó a Novak, ensangrentado y sin vida. A Saddie, a punto de morir en la autopista de Hamburgo. A Walters, a Rohtman...

Y apretó el gatillo. Una, dos, tres veces...

Apuntaba a los neumáticos del coche negro, un «Chevrolet» americano, de matrícula correspondiente a algún país que no era, ciertamente, Alemania.

Los alcanzó, pese a su nerviosísimo y crispación. Tenía buen pulso para esas cosas. Reventó, un neumático, alcanzado de lleno. Eso sucedía, justamente, cuando más aceleraba el automóvil, y cuando, además, tomaba una cerrada curva para salir disparado de la zona deportiva.

El resultado fue catastrófico. El automóvil fue a estrellarse, con un largo y chirriante patinazo de sus llantas sobre el asfalto, contra una valla de alambre que circundaba la zona. La desgarró, salvándola en una voltereta espectacular, que arrojó el vehículo, dramáticamente, sobre unas altas vallas donde enormes carteles anunciaban la celebración de la fase final de la World Cup.

Al estrellarse, aplastó sus soportes de metal y cayó una de las grandes tablas metálicas sobre el vehículo sin control, y brotaron chispazos y llamaradas de su motor y del incendiado depósito de gasolina.

Poco después, un estallido flamígero, envolvía al coche en una bola de fuego y humo. Los patrulleros que corrían al vehículo, ya sólo pudieron extraer del mismo, cadáveres mutilados o abrasados, en tanto que la retorcida chatarra ardía violentamente.

Luther Denk, con un jadeo, dejó caer su mano armada.

Dios mío... —susurró—. Al menos iban tres hombres ahí dentro... y he terminado con todos ellos...

* * *

—Sí, Luther —afirmó gravemente el comisario Frankel, de la policía de Frankfurt, asintiendo con enérgico movimiento de cabeza—. Usted lo hizo, muchacho. Usted acabó con los tres. No debe sentir remordimiento alguno por ello.

—¡Dios mío, eran tres personas! Y yo, tuve que disparar y...

—No se torture con eso —habló el hombre que acompañaba a Frankel, y que acababa de identificarse como Hasper Wallace, de la División de Narcóticos de los Estados Unidos, adscrito a Interpol, en Europa. Ellos eran culpables del asesinato a sangre fría del falso cámara de televisión. Y, a su vez, éste era culpable del asesinato de Zoltan Novak.

—El pobre Novak... Dios mío, si hubiera podido evitarlo... —murmuró Denk.

—¿Evitarlo? —dudó Frankel—. Usted mismo estuvo a punto de morir con él... Esa cámara de televisión, además de ser lo que parecía, ocultaba un mecanismo de disparo, con balas explosivas, de mortíferos efectos a corta distancia. Una especie de vieja bala dum-dum,

perfeccionada y mejorada. Puede decirse que, apenas alcanzó de lleno en el rostro de Novak, reventó el proyectil, alcanzándole el cerebro, los ojos, la boca toda... El punto de mira, naturalmente, era el propio objetivo de la cámara, centrado en su rostro.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué el pobre Novak? Era una gran persona...

—Sin duda lo era, cuando menos en el ambiente del fútbol, y para sus amigos y viejos camaradas —convino gravemente Frankel—. Pero al margen de su profesión deportiva, Zoltan Novak había elegido vivir en el peligro. Y murió en él.

—¿El... peligro?

—Sí, amigo mío —habló apaciblemente el agente norteamericano—. El peligro de traficar en drogas; de buscar contactos y enlaces, de distribuir estupefacientes por Europa, como miembro de alguna poderosa organización de esa clase. Ése era el trabajo que daba

verdadero dinero a Novak. Y, últimamente, cansado de ese riesgo y esa vida, iba a denunciarnos muchas cosas sobre sus cómplices. Por eso le asesinaron. Sabían su idea, y le taparon la boca definitivamente, Denk.

—Dios mío. Otra vez las drogas.

—Sí, amigo Luther —confirmó Frankel—. Una persona que viaja mucho, sin despertar sospechas, es un agente ideal para cierta clase de negocios sucios. De país en país, un secretario técnico, un entrenador o un masajista, e incluso un jugador, podría pasar las drogas o las instrucciones para su tráfico, sin grandes problemas. Y usted es quien ha desbaratado el plan maestro, sin duda alguna.

—¿Yo? —se asombró Luther Denk—. Solo... sólo perseguí a un criminal... y abatí a los que le habían reducido al silencio, enfurecido por muchas cosas.

—Hizo algo más que eso —comentó el agente americano de Narcóticos—. Señor Denk, usted, al abatir ese coche desde el que dispararon sobre el asesino de Novak, no sólo acabó con un segundo ejecutor de la Organización... sino con dos de sus miembros. Exactamente, con dos honorabilísimas personas de las finanzas europeas: *monsieur* Paul Bosquier, de París, director de una importante Banca internacional... y un industrial holandés de diamantes. Johan Van Druten.

—¿Dos personalidades semejantes... iban con un asesino profesional? —dudó Luther.

—Exacto, Veo lo que imagina —sonrió Frankel—. Usted no es tonto, amigo mío. Vamos, diga lo que deduce de tal hecho...

—Deduzco... que ésta no es una organización vulgar. No son delincuentes habituales ni maleantes profesionales, en su totalidad. Sólo los que están a sueldo, como Kurt Brauner o ese operador de televisión... o el que disparó desde el «Chevrolet» negro. Los demás... son peces gordos. Gente de posición social y económica. Un super-trust... del mejor negocio del mundo. Y también el más sucio y más vil: los estupefacientes.

—Exacto —suspiró el americano—. Le felicito, señor Denk. Su amigo, el comisario, ya me habló de usted como de una persona muy aguda. Veo que no se engañó. Eso es lo que ha sucedido en este caso. Como en tantos otros delitos importantes, no basta revisar fichas y antecedentes. Muchas veces, son personas de intachable

honorabilidad, lo mejor de nuestra propia sociedad, los que tienen una doble personalidad y llevan una vida de crímenes muy bien escondidos...

—¿Sólo ellos dirigían la Sociedad, por lo tanto? —indagó Luther.

—¿Usted qué cree? —sonrió el agente de Narcóticos.

—Si la Organización es tan amplia y compleja... tiene que haber más personas mezcladas.

—Una brillante deducción —aprobó Frankel, orgulloso de su joven compatriota—. Acabamos de saber que Van Druten y Bosquier, formaban parte de un numeroso grupo de turistas millonarios, llegados de todos los lugares de Europa, en vuelo Charter, para asistir a los Mundiales. Estamos recopilando los nombres de todos esos supuestos aficionados al fútbol. Es posible que en las próximas horas, se efectúen muchas detenciones... y la Organización quede definitivamente rota, triturada.

Luther Denk asintió, pensativo. Luego, ceñudo todavía, se quedó mirando al cercano estadio, que hervía de pasión y de clamores, siguiendo las jugadas del encuentro. Un poco indiferente ahora ante el juego y sus avatares posibles, el joven deportista comentó, en voz baja:

—No sé... ¿Creen que eso bastará para estrangular la Organización?

—Por supuesto —se sorprendió el agente norteamericano—. Una vez capturados sus miembros directivos, ¿qué será de la Sociedad y sus procedimientos?

—Tal vez nada. Pero ¿no cabe la posibilidad de que haya alguien que encabece esa Sociedad? Me refiero a... a un jefe supremo, que esté por encima de todos. El cerebro, propiamente dicho.

—¿El... cerebro? —pestañeó el americano.

—Sí. —Luther Denk se volvió a él, vivamente—. Siempre me ha sorprendido un poco el perfecto conocimiento que esa gente tiene de todo lo relacionado con el mundo del fútbol. Es como... como si alguien tuviera un contacto directo y personal con nuestra vida y nuestras cosas. En el fútbol, además, estaban sus cómplices, distribuidores y agentes. Y seguramente habrá más todavía... ¿No se les ha ocurrido pensar que un cerebro, un jefe inteligente y activo, no se resignaría a dirigir la Sociedad a través de sus directivos, sino que él mismo establecería contacto personal con los demás, sin que nadie sospechara que él es la persona que dirige esa siniestra

entidad?

—Alguien que tuviera relación con el mundillo del fútbol... —reflexionó en voz alta el comisario Frankel—. Sí, pero ¿quién, y en qué forma, a menos que sea un profesional mismo de ese deporte, Luther?

—Ésa podría ser una explicación... aunque se me está ocurriendo otra.

—¿Otra? ¿Cuál, Luther? —se interesó vivamente su compatriota de la policía de Frankfurt.

—Eso... eso preferiría comprobarlo por mí mismo.

—¿Por sí mismo? —se extrañó el agente de Narcóticos—. Cuidado, Denk. Esto no es un juego. No se trata de marcar un gol o de provocar un *penalty*. Es algo mucho más serio que todo eso. No corra riesgos inútiles. Si sospecha algo, dígalos... y en paz. Usted me parece un muchacho muy inteligente. No cometa errores.

—Lo cometería si me precipitase en cierto aspecto —declaró Denk, pensativo—. Es algo sobre lo que no tengo seguridad ninguna. Ni siquiera puedo estar, seguro de quién pueda ser. Se trata solamente de... de una idea. Y preferiría confirmarla, antes de dar un paseo precipitado.

—Confirmar ciertas cosas, implica un riesgo cierto —avisó Frankel, sombrío—. Mucho cuidado, Denk.

—Lo tendré, comisario, lo tendré —sonrió Luther, preocupado—. Creo que lo haré todo muy cuidadosamente. ¿Qué le parece si... si dejamos el posible desenlace de todo esto para el día siete de julio?

—¿El siete de julio? ¿El día de... de la Final? —tartamudeó Frankel.

—Exacto. El día mismo de la Final... en Munich. Juegue quien juegue ese día, sean cuales sean los equipos, necesitaré a alguien. A un jugador amigo. A alguien que se presta a cierto juego erizado de riesgos.

—Denk, está jugando con fuego, no con un balón de reglamento —le avisó el de Narcóticos, adscrito a Interpol.

—Espero no quemarme —suspiró el joven jugador—. Si obrase de otro modo, señores, podría acusar injustamente a alguien... y permitiría, acaso, que el verdadero culpable, el cerebro, la mente rectora de esa siniestra Organización, siguiera en libertad, siempre preparado para reanudar sus actividades criminales con otros socios...

Una expresión risueña y dura a la vez, iluminó el semblante del rubio jugador alemán. Sus ojos azules, revelaban astucia y cautela. Pero sus dos interlocutores, los policías alemán y norteamericano, no las tenían todas consigo en ese terreno.

Pero tampoco podían obligar a Luther Denk a que les expusiera una simple suposición, una sospecha sin fundamento sólido alguno. Sin evidencias, que era lo que necesitaban.

—La Final... —repitió para sí Karl Frankel—. Bien, Luth. Nos veremos ese día, en el Estadio Olímpico de Munich. Dios quiera que todo termine bien. El fútbol... y usted.

—Y este caso, por supuesto —sonrió Denk—. Sí, comisario. En Munich, recuerde... El día siete de julio.

CONCLUSIÓN

I

ANTES DEL PRÓLOGO

El jugador le había escuchado con asombro, durante aquella charla amistosa, en la concentración previa a la final.

No se permitían muchas visitas en el recinto de aquella selección nacional finalista para Munich. Periodistas, autoridades, y poco más.

Pero Luther Denk era un profesional. Y un jugador prestigioso, con muchos amigos en el fútbol de todos los países, pese a su juventud. No había habido inconveniente en que el interior izquierdo de la selección finalista, le recibiera como lo que realmente era: un amigo y un compañero.

Ahora, por un momento, ese otro joven jugador le contemplaba con asombro, como no pudiendo dar crédito a sus palabras, o como dudando de la capacidad mental de su amigo y camarada.

—¿Estás seguro de eso, Luth? —dudó—. ¿Es eso lo que quieres que haga?

—Sí, te lo ruego. Es necesario. No va a suceder nada malo, créeme. Es solo... un enorme farol, expresándonos en términos de póquer. Nada es verdad, y ambos lo sabemos. Pero hay alguien que no lo sabe. Esta tarde, en el estadio, ese alguien cometerá un error, no hay duda.

—Pero esta tarde, en el estadio, seré yo quien esté en el césped —le recordó su colega—. Y ese hombre lo sabrá. Si cree lo que yo diga... ¿qué puede suceder?

—Nada. Voy a hablar con el entrenador, también. Habrá un momento en que fingirán que van a cambiarte por otro jugador. Tú puedes fingir una lesión. No sucederá nada de eso, por supuesto. Volverás al terreno de juego. Pero alguien habrá aprovechado ese momento de inmovilidad tuya, en una zona concreta del campo de juego, para intentar lo desesperado. Y eso será suficiente.

—¿Cómo sabré que ya no habrá peligro en continuar en el terreno de juego? —dudó el jugador, nada convencido.

—Un cohete será disparado al aire. Un cohete de chispas rojas.

Pasará como uno más en el festejo. Pero tú y el entrenador sabréis que todo ha terminado al margen del juego... y el Mundial puede continuar hacia su final. ¿Conforme, amigo mío?

—No... no sé —sacudió la cabeza el otro joven jugador—. Luth, sigue pareciéndome terriblemente arriesgado, después de lo que has contado.

—Lo sé. Pero yo estaré junto a la persona que actuará contra ti, no temas. Por otro lado, imagino cómo lo hará... No le queda ya nadie alrededor. Sus cómplices están todos encarcelados. Nadie sabe de su jefe, sino que era un encapuchado de voz disfrazada. Van Druten, el único en conocer su identidad, murió en el hospital víctima de sus heridas en el incendio y explosión del coche, en Stuttgart. Pero eso, el jefe lo sabe, aunque no puede estar seguro de si Van Druten dijo algo o no. Entre sus pertenencias se halló la caperuza, la túnica y los guantes. Los laboratorios van a examinarlo, pero no creo que sirva de mucho. Sospecho que ese tipo es tan listo que habrá usado guantes y máscara de goma sobre su cabeza, para no dejar rastro de cabellos o de su sudor epidérmico en el tejido.

—¿Entonces...? ¿Qué seguridad tengo yo, Luth?

—La que yo te doy. Ese mensaje tuyo, será una bomba de relojería que estallará más tarde, en el estadio.

—Mientras no me alcance a mí...

—Te garantizo que no. Estaré cerca, muy cerca. El nerviosismo del verdadero culpable, será algo que no podrá pasar desapercibido a mi atención. ¿Puedo confiar en ti?

—Está bien —resopló su colega—. Lo haré, por sentido de estricta justicia. Odio a los traficantes de drogas.

—Sí. En eso todos estamos de acuerdo, muchacho. Bien. Escucha, entonces. Llamarás una por una a esas personas y les dirás...

II

DESPUÉS DEL PRÓLOGO

Tenía que hacerlo.

Ahora, o nunca. El asesino tenía su gran oportunidad. El jugador, parado junto a la banda, no lejos del banquillo de suplentes...

Alrededor, Munich y su Estadio Olímpico vivían una gran fiesta del fútbol mundial. En el césped, estaba en juego la hegemonía mundial durante cuatro años, en el deporte del balón redondo.

Las manos iban a presionar el disparador secreto de los potentes prismáticos, convertidos en arma de muerte.

En la mente del, asesino estaba aún palpitante, viva y estremecedora, la llamada de aquel maldito estúpido; sus palabras que eran una sentencia de muerte, sin que él pudiera darse cuenta, al parecer:

«¿Es usted? Bien, señor... Tal vez no sepa por qué le llamo... Soy un jugador de fútbol... Sí. Mi nombre es... Y mi equipo... ¿Me conoce, verdad? Yo también a usted. Pero creía conocerle en un solo sentido. Y resulta que he llegado a saber cosas que usted mismo se asombraría, de conocerlas. ¿Sabe, señor? Tuve amistad, mucha amistad, con Zoltan Novak. Sí, fue un buen golpe matarle aquel día. ¿Por qué? Porque él lo hubiera contado todo, TODO, ¿entiende? Incluso... incluso su nombre e identidad. ¿Por qué? ¡Oh, es sencillo, señor! Él sabía que usted era... el amo. El cerebro. Se lo dijo un día un caballero holandés, estando embriagado. Un tal Van Druten. Johan Van Druten... Estando embriagado también, me lo contó a mí, Novak. No lo creí hasta el otro día, al saber su muerte... Señor, lo lamento, pero esta información comprenderá usted que tiene su precio, su alto valor. ¡Oh, no tema! No diré nada... si recibo algo bueno, a cambio. Nos veremos después del partido de hoy. Sí, a usted le está permitido en todo momento vernos y hablarnos. Hablaremos, claro. Todo depende del precio. El precio, ¿entiende? Y nadie sabrá quién es usted realmente, señor...».

Después de eso, había colgado. Sin añadir más.

Había sido inútil cuanto intentó para verle, antes del encuentro.

Había órdenes severas. Ningún jugador hablaría con nadie, hasta después del partido final de la Copa del Mundo...

Y ahora... ahora iba a cerrar esa boca para siempre. ¡El muy estúpido! Nunca obtendría dinero alguno. Pagar a un hombre que sabe demasiado, es alimentar una boca que nunca se cierra. La muerte, en cambio, sella todas las bocas, por indiscretas y peligrosas que ellas sean.

Ahora. Ahora mismo, los prismáticos lanzarían su dardo mortal, a través del césped y los graderíos. Invisibles, sin sonido, sin ser perceptible por nadie.

Ahora mismo, el único en saber la verdad, encontraría la muerte... Cerca de él, estaban Saddie Clark, Luther Denk... Pero todos miraban al terreno de juego, fascinados por el encuentro futbolístico en la cumbre. Nadie prestaba atención a sus manos, a sus prismáticos, a su instrumento de muerte, centrado sobre aquel jugador a quien parecía que iban a substituir de un momento a otro.

* * *

Los dedos del asesino rozaron el sistema de percusión.

Súbitamente, los prismáticos volaron de sus dedos.

Sobresaltado, se volvió. El instrumento óptimo le había sido arrancado de la mano por una mano enérgica y resuelta. Se encontró con unos duros, fríos ojos acusadores. Quiso recuperar sus binoculares, pero en vano.

—¿Qué significa esto, Denk? —preguntó, irritado.

—Significa que no va usted a matar a nadie con este instrumento mortal, míster David Graham —habló con frialdad Luther Denk.

—¡Luth! —gritó Saddie, palideciendo, y mirándole con estupor—. Luth, ¿qué es lo que dices?

—Saddie, no te muevas. Nadie se mueva de sus asientos. No faciliten las cosas a ese hombre que, sin duda, llevará más armas mortíferas en sus bolsillos. Comisario Frankel, señor Wallace, pueden ustedes arrestarle tranquilamente. El caballero británico, el honorable David Graham, es el cerebro de la Organización.

—¿Se ha vuelto loco, Denk? —jadeó el periodista inglés, con estupor, muy abiertos sus ojos.

—Estos prismáticos dirán si me equivoqué, míster Graham. Dentro

de ellos, estoy seguro, va un artefacto de muerte, como los que asesinaron a Walters o a Novak. Compruébelo con cuidado sumo, comisario.

—¡Es ridículo! —aulló Graham, lívido—. ¡Esos prismáticos me han sido prestados en el hotel!

—Es falso, y usted lo sabe. Esos prismáticos pertenecen a su equipaje, y los ha llevado siempre, antes de ahora. Mientras que los señores Jean Jacques y Marcel Roland, padre e hijo, que también me resultaban sospechosos, están viendo el partido sin prismáticos ni instrumento alguno y bien tranquilos, pese a que recibieron individualmente la misma llamada que usted recibió. He podido advertir su nerviosismo hoy, y también que es la primera vez que ve el partido con prismáticos. Además, los enfilaba siempre hacia una determinada persona, el interior izquierda de uno de esos equipos... Justo el que parece que va a ser cambiado. Él fue el autor de la llamada, usted lo sabe. Y resolvió eliminarle, también.

—No... no sabe lo que dice. Está desequilibrado, Denk —masculló Graham, convulso.

—Señor Graham, eso se comprobará pronto, apenas examinemos estos prismáticos —dijo apaciblemente el comisario Frankel—. Si es inocente, le presentaremos toda clase de excusas.

David Graham le miró fijamente. Luego, miró a Saddie Clark. Por fin, a Luther Denk. Su rostro cobró serenidad. Tuvo una helada sonrisa. Pareció mascar chicle, como un americano, y no como un elegante inglés, director adjunto de un importante rotativo.

—Bien, caballeros —suspiró—. Un caballero, siempre debe saber perder... y admitirlo así, cuando llega el momento. De no ser por Denk, esto no hubiera sucedido. Nunca debí ser tan aficionado... al fútbol.

—¡Comisario! —rugió Luther—. ¡Lo que mastica! ¡Evítenlo!

—Es tarde... —les detuvo Graham con altivo gesto, acomodándose en el asiento—. Nada de escándalos, por favor... Ya he masticado... toda la cápsula gelatinosa de cianuro... Les felicito.

Cayó su cabeza sobre el pecho. Estaba muerto.

Luther Denk se apartó, ensombrecido. Salió de la tribuna, Saddie, agobiada, le siguió.

—Luth... —musitó—. ¿Cómo pudiste saber que precisamente él...?

—No lo sabía, Saddie —negó él—. Pero uno de los tres debía ser: o

un Roland, padre o hijo... o él.

—¿Por qué entre ellos?

—Lo sabían todo sobre ti, sobre mí, sobre el mundo del fútbol. Tenía que ser alguien muy relacionado con nosotros y con este deporte. Ellos tres fueron los que se me ocurrieron. Sobre todo, tras la llamada telefónica al hotel, y tu captura en el «Mercedes» blanco. Sólo alguien que nos conociera a fondo a ambos, hubiera planeado así el ataque. Por eso también me vigilaban, aquel día en Stuttgart, cuando mataron a Novak... y llegaron a tiempo de acabar con su ejecutor. Siempre hacían igual. Las bocas cerradas por la muerte, nunca hablaban: sus compinches que les traicionaban, Walters, que como agente secreto israelí iba tras el tráfico europeo de drogas para evitar su introducción en Tel Aviv... Todos debían caer del mismo modo.

—Y ahora... es mi jefe quien ha caído —musitó ella—. Creo que deberé buscar nuevo empleo en cuanto llegue a Londres, Luth.

—¿Y para qué vas a volver? —sonrió él—. Puedes quedarte en Alemania.

—¿De periodista? No domino tan perfectamente tu idioma, Luth, como todo eso.

—¿Quién ha dicho de periodista? —rechazó Denk—. Podrías ser... la esposa ideal de un futbolista.

—Luth... —le miró, asombrada, con un destello de emoción en sus ojos. Enrojecieron sus mejillas—. Luth, ¿hablas en serio...?

Luth asintió. E hizo, a la vez, un gesto a un mozalbete que se hallaba en los accesos a tribuna. El muchacho, sonriente, disparó un cohete al cielo.

Un cohete de chispas rojas. La señal para que un buen amigo continuara en el terreno de juego, disputando la Copa del Mundo.

Saddie se aferró a Luth. Pasaron el comisario y unos camilleros, conduciendo el cuerpo inerte de Graham.

En el estadio, hubo un repentino clamor que lo apagó todo:

—¡GOOOOL!

Luther Denk sonrió, llevando a Saddie de la mano.

—Vamos —dijo—. Veamos quién gana el Mundial, después de todo...

FIN



Juan Gallardo Muñoz, nacido en Barcelona en 1929 y fallecido el 5 de febrero de 2013, pasó su niñez en Zamora y posteriormente vivió durante bastantes años en Madrid, aunque en la actualidad reside en su ciudad natal.

Sus primeros pasos literarios fueron colaboraciones periodísticas —críticas y entrevistas cinematográficas—, en la década de los cuarenta, en el diario Imperio, de Zamora, y en las revistas barcelonesas Junior Films y Cinema, lo que le permitió mantener correspondencia con personajes de la talla de Walt Disney, Betty Grable y Judy Garland y entrevistar a actores como Jorge Negrete, Cantinflas, Tyrone Power, George Sanders, José Iturbi o María Félix. Su entrada en el entonces pujante mundo de los bolsilibros fue a consecuencia de una sugerencia del actor George Sanders, que le animó a publicar su primera novela policíaca, titulada *La muerte elige*, y a partir de entonces ya no paró, hasta superar la respetable cifra de dos mil volúmenes. Como solía ser habitual, Gallardo no tardó en convertirse en un auténtico todoterreno, abarcando prácticamente todas las vertientes de los bolsilibros —terror, ciencia-ficción, policíaco y, con diferencia los más numerosos, del oeste—, llegando a escribir una media de seis o siete al mes, por lo general firmadas con un buen surtido de seudónimos:

Addison Starr | | Curtis Garland (y también, Garland Curtis) | | Dan Kirby | | Don Harris | | Donald Curtis | | Elliot Turner | | Frank Logan | | Glenn Forrester | | John Garland (a veces, J.; a veces, Johnny) | | Jason Monroe | | Javier De Juan | | Jean Galart | | Juan Gallardo (a veces, J. Gallardo) | | Juan Viñas, | | Kent Davis | | Lester Maddox | | Mark Savage | | Martha Cendy | | Terry Asens (para el mercado latinoamericano, y en homenaje a su esposa Teresa Asensio Sánchez) | | Walt Sheridan.

Fuera ya de los bolsilibros también abordó otros géneros diferentes, tales como libros de divulgación sobre diversos temas —brujería, música, póker—, cuentos infantiles u obras de teatro, e incluso fue guionista de cuatro películas: No dispare contra mí (José María Nunes, 1961); Nuestro agente en Casablanca (Tulio Demichelli, 1966) exhibida, además de en nuestro país, en Italia y en Estados Unidos; *Sexy Cat* (Julio Pérez Tabernero, 1973) y *El pez de los ojos de oro* (Pedro L. Ramírez, 1974).

Durante muchos años publicó libros en todas las editoriales de literatura popular desde mediados de los años 50 hasta principios de los años 80, en la que desapareció la editorial Bruguera. Esto no quiere decir que Juan Gallardo haya dejado de escribir ya que, a diferencia de otros antiguos compañeros suyos, ha mantenido hasta hoy una envidiable actividad creativa aunque, lógicamente, enfocada ya hacia otros géneros. En la base de datos del

ISBN

aparecen registradas novelas suyas del oeste, publicadas por Astri y Ediciones B, al menos hasta el año 2000, y en 2002 Astri le dedicó en exclusiva la colección Piratas, encuadrada el antiguo género de corsarios. Desaparecida también esta editorial Gallardo pasó a colaborar con Dastin, vínculo que se mantiene hasta el presente. De esta reciente etapa datan siete biografías de mexicanos ilustres, diez adaptaciones de clásicos juveniles, un Diccionario de biografías de grandes figuras de la historia y, con motivo del IV centenario del Quijote, una adaptación juvenil de la obra de Cervantes. Escribió asimismo un par de novelas históricas serias tituladas *La conjura* (2009) y *La clave de los evangelios*. En Morsa ha publicado *La noche de América agonizante* y su autobiografía, *Yo, Curtis Garland*.

Notas

[1] Seleccionador del equipo nacional de Alemania Federal. Así como él es auténtico, naturalmente, la mayoría de personajes de la trama son imaginarios por completo. < <